

# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO II  
NUM 49

40 Cents.

24 ENERO  
1926



PINOCHO EN LA ISLA DE LA "CARABA"



## DESVENTURAS DE UNA RANA VANIDOSA



Aquella mañana se paseaba doña Ranasca en su precioso yate, luciendo un magnífico sombrero —última novedad—, cuando apareció don Ratonildo, quien proyectó darle a la infeliz rana el susto más grande que han conocido los siglos.



Pensado y hecho. Doña Ranasca cantaba una canción de moda, deslizándose serenamente y... ¡zás!, ¡al agua, pato! Y no se ahogó porque las ranas —aquí para entre nosotros— no saben ahogarse en el agua.



Repuesta del susto, otro día tomaba una horchata en la horchatería de su barrio. Lucía un nuevo tocado, más elegante de lo que podáis imaginaros. Pero don Ratonildo, más envidioso que nunca, proyectaba un nuevo susto.



Y fué el siguiente: Con el riego de una manga de riego puso a doña Ranasca como recién salida del baño. ¡Cómo corría la pobrel! ¡Cincuenta kilómetros por hora! Ganó la charca... y se secó dentro del agua.



Enterado de lo ocurrido el rey Alberca III, reprendió a doña Ranasca duramente por su vanidad, por su presunción, por su tontería. Y le exigió no usar más, nunca más, ni collares, ni sombreros, ni lazos.



Y ved ahora a Ranasca (ya no es doña Ranasca) dando a sus simpáticos niños (Titi, Totó y Lulú) las más altas lecciones de moralidad y humildad. ¡Qué dulzura en la voz! ¡Qué bondad! Y eso que les hablaba por señas, que es lenguaje más usado entre ranas.

EXPLICACIÓN DE LOS DIBUJOS DE LA CUBIERTA

### PINOCHO EN LA ISLA DE «LA CARABA»

(Continuación.)

En la isla de «La Caraba», como en todas las islas que se respetan, había una casa de fieras, y Pinocho quiso visitarla.

Pero en aquel país fantástico todo tenía que ser

absurdo, y, con la natural sorpresa, nuestro muñeco vió que, en vez de fieras en las jaulas, había personas de carne y hueso. En cambio, un melenudo león andaba suelto para imponer orden y vigilar. ¡Cosas de «La Caraba»!

(Continuará en el número próximo.)





# PINOCHO Y LOS DEPORTES



## ¡Se ha reanudado el Torneo de Pinocho!

La «Unión Currinche» y el «Sporting Pinocho» empatan a dos tantos después de una lucida lucha.

Se ha reanudado el Torneo de Pinocho.

Después de innumerables gestiones y cavilaciones, el Comité organizador del Torneo pinochista de Madrid ha comenzado, mejor dicho, reanudado sus tareas, y enfrentó por segunda vez a los equipos «Unión Currinche» y «Sporting Pinocho».

Como la forma que ha de seguirse es la llamada por eliminación, estos partidos serán llamados de entrenamiento o tanteo.

Una vez que quede cerrado el plazo de inscripción se procederá al sorteo, para saber cómo deben eliminarse los bandos.

En primer lugar se formarán dos listas, y entre sí se irán eliminando, y el finalista de la lista A se eliminará con la B, y el vencedor recibirá como premio a su valer la magnífica copa que Pinocho regala.

Y vamos a reseñar este partido.

La Sociedad Cultural Deportiva, esta entidad de tan honrosa y deportiva historia, es la que ha cedido a Pinocho su campo de deportes para que en su terreno se desarrolle nuestro Torneo.

A las cuatro de la tarde del día de Navidad se formaron los equipos, bajo las órdenes del árbitro oficial, D. Teodosio García, de esta forma:

«Sporting Pinocho» —Ruiz; Cela, Peña; Ascandoni, Félix, Guzmán; Duque, Pérez, Gorde, Ascandoni, Labroso.

«Unión Currinche».—Rozas; García, González; Martín, M. Rojo, Castañeda; Tonja, Martínez, Padilla, Torre, Moriones.

Apenas da García la señal de comenzar el encuentro, los unionistas se lanzan al ataque con gran táctica y compenetración, y a poco marca Padilla el primer tanto de un «chut» precioso, que no ve siquiera Ruiz, el portero del «Sporting».

Los infantiles del «Sporting» (advertimos al capitán del «Sporting» que estos jugadores tan crecidos no serán admitidos cuando se juegue el Torneo de forma oficial) se lanzaron a un contraataque para ver de lograr el empate; pero la lucha se mantiene en el centro del campo y el marcador no varía.

Por último se impone la «Unión», que domina netamente, y hacen los del «Sporting» un «penalty» que se señala y que M. Rojo convierte en «goal».

Con este tanteo, 2-0 a favor del «Currinche», termina el primer tiempo.

En la segunda mitad, los del «Sporting» reaccionaron mucho y lograron empatar. Los dos tantos los marcó Félix: el primero de un buen «chut» y el segundo de un tiro muy claro, que no advirtió Rozas, el portero del «Currinche».

Durante todo el encuentro se pudo admirar la buena forma del «Currinche», que casi siempre dominó.

Del «Currinche» se distinguieron el defensa, Julián M. Rojo y la línea delantera.

Del «Sporting» se distinguieron Peña, Félix, Guzmán y Labroso.

Dux.

## ¡¡¡MUY IMPORTANTE!!!

Es de una gran importancia que todas aquellas Ligas Pinochistas que se formen estén bajo la presidencia de una persona solvente.

No es menos importante que sea esta misma persona la que nos dé cuenta de la formación de la Liga, indicándonos sus señas para en todo momento podamos estar en relación directa con ella.

## Pinocho sigue triunfando.

El domingo día 3 de enero se jugó un partido amistoso entre los equipos «Sporting Pinocho» y «Madrid Sporting».

Después de un partido reñido, ganó el primer equipo por 5-2. El árbitro, Sr. Gómez, bien e imparcial.

VILUSAN.

## Bolsa de equipos Pinochistas.

Ha quedado oficialmente constituida la Liga Bilbaina de Equipos Pinochistas, integrada por el «Palma Club», «Estación F. C.», «Club Euzcadi» y «Acero Chiqui».

De común acuerdo se ha designado a D. José Cruz Gurruchaga como presidente de esta Liga.

En Oviedo se ha formado un equipo con el nombre de «Stadium Pinochista».

¡Animo y formar la Liga, que Pinocho está deseando regalaros la copa!

En San Sebastián se ha formado otro bando: el «Turulato F. C.». Con éste son varios los que existen en Donostia.

## Un formidable partido pinochista en Buenos Aires.

El equipo «Pinocho A» vence al «Pinocho B» por el «score» significativo de 4 «goals» a 1.

Precipitándose, pues lo lógico hubiera sido entrenarse para el Torneo de Pinocho, han jugado en la ciudad del Plata dos bandos pinochistas.

Salvado este inconveniente que pudiéramos llamar de oportunidad, la idea de que dos bandos «nuestros» se vean las caras para disputarse como supremo galardón el nombre egregio de Pinocho no puede por menos de regocijarnos; por eso, vencedores y vencidos, son dignos de nuestro más cordial afecto y sincera gratitud.

Parece ser que el «Pinocho A» realizó en este encuentro una labor maravillosa. El debutante Scarabile fué una barrera infranqueable, y la línea delantera, a pesar de actuar con poco entusiasmo, marcó siete tantos, tres de los cuales fueron anulados por «faults» y «offsides».

El «Pinocho B» es un bando caballeresco, de perfecta organización, que no debe desanimarse por este tropiezo sin importancia.

Tiene elementos valiosísimos, como Acevedo.

Al terminar el partido se dieron tres hurras a Pinocho.

«Pinocho», 2; «Núñez», 0.

El domingo jugamos contra el «Núñez», y ganamos por 2 a 0, marcados por Toscano y Batiato. Probamos de «arquero» a Domínguez, pero no respondió; y si no le hicieron «goal» fué por la buena actuación de los «baks». Nuestro equipo formó así: Domínguez, Anelli, Anselmi; Asenzo, Dacal, A. Lucarelli; Toscano, G. Mannetto, Bardelli, G. Lucarelli, J. Batiato.

Los Lucarelli jugaron el último partido, y es cosa de sentirlo mucho.

Rieti fué ya reemplazado por Batiato, que es superior y no es camorrero.



Los futuros alpinistas.

A las órdenes del profesor de educación física, los pequeños trepan por las peñas relativamente franqueables, no sin haber agudizado en ingenio y desarrollado un esfuerzo muscular, que, lejos de perjudicarlos, les proporciona destreza para estimularles en empresas más audaces y hacer de ellos verdaderos alpinistas. (Foto: Albano)





«Pinocho», 1; «Sportivo La Villa», 0.

Resultó sumamente parejo y reñido este partido.

El único «goal» que registra el «score» lo señaló Alfonso Anelli en la siguiente forma:

Este jugador recibió un pase, y desde larga distancia «shotea» al arco.

Ríos, «arquero» contrario, se estira en buena forma y la detiene; pero debido al efecto que ésta traía (la pelota), se le escurre de las manos, y el «goal» quedó marcado.

Cuando el partido estaba por terminar, los visitantes se retiraron del «field» sin razón ninguna, protestando un justo fallo del «referée».

Se destacaron del «Pinocho»: Ferro, Anelli, Allegri- na y Scavoni.

### Carta abierta a todos los Pinochistas del mundo.

El «Pinocho F. C.», de Buenos Aires, nos remite esta carta abierta, que publicamos gustosos.

«Muy estimables camaradas: Desde hacía mucho tiempo nuestra mente venía siendo objeto de una perturbación verdaderamente angustiosa. «¿Y por qué?», diréis. Pues bien, os lo diremos.



El equipo A del «Pinocho F. C.», de Buenos Aires, que tan señalados triunfos viene alcanzando en la ciudad del Plata.

Nuestras mentes venían siendo objeto de esa perturbación debido a que, a pesar de ser vosotros y nosotros Pinochistas acérrimos y de corazón, no nos comunicábamos



Los Pinochistas deportivos de América.

He aquí al entusiasta y notable *sporman* de Guantánamo (Cuba), Pepito González y Portillo, gran amigo de Pinocho y correspondiente deportivo de su Revista.

cosa alguna. Eso nos afligía, estimados amigos, ¡y de qué manera tan terrible! Pero... hete aquí que para lo sucesivo terminarán estas cosas.

Nosotros, inolvidables compañeros, les pedimos encarecidamente nos honren enviándonos

a nuestra Secretaria una o más cartas consultándonos sobre cuantas cosas quieran, ya sean las preguntas sobre materia de fútbol o no. Nosotros tendremos el mejor gusto en contestaros rápidamente, enviándoos varias fotografías a varios colores de nuestros «teams», de cuadros de primera categoría, jugadores sueltos y, en fin, de todo lo que vosotros queráis también. Todo eso lo enviaremos como obsequio del Club.

¿Eres de España?

¿De cualquier otra nación europea?

¿De Cuba?

¿De América?

Podéis de ahí escribirnos, seguros de recibir pronto una respuesta amable y detallada.

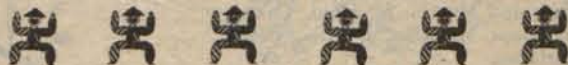
Además, vuestras esperadas cartas serán publicadas en *Football Club Pinocho*, órgano oficial del Club.

No os olvidéis de poner vuestras direcciones completas.»

(Selto de la Secretaria.)



El equipo B del Pinocho F. C. bonaerense, que también viene alcanzando en la capital argentina señaladísimas victorias.



## ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Hoy quisiera saber, amigo buho, si verdaderamente existió un tiempo en que todas las plantas eran silvestres.

—Creo que sí; estoy casi seguro de ello; mis antepasados, mis abuelos sobre todo, me hablaron de este caso singularísimo y sorprendente. Hubo un tiempo, sin duda, en que todas las plantas fueron silvestres, y en ese mismo tiempo todos los animales —incluso los que hoy son más amigos del hombre, como el perro— fueron, a su manera, silvestres, es decir, salvajes.

—¡Pero qué me dices, querido buho! ¿Y el hombre? ¿Qué hacía en esa época?

—El hombre era tan silvestre como el olivo, por ejemplo, y tan salvaje como el tigre.

—Eso lo afirmas tú, sólo porque no eres más que un buho.

—Aunque fuera cuatro buhos juntos, diría lo mismo.

—Pero explícame, amigo mío, explícame: ¿qué época era esa en que los animales, las plantas, incluso el hombre, según afirmas, vivían de esa forma, en tan raro estado de salvajismo?

—Una época muy pintoresca, la más interesante de la Historia. En un principio el mundo, la tierra, el planeta que pisamos, estaba recién hecho. Los árboles eran más corpulentos que hoy; los bosques, espesísimos; la naturaleza nos ofrecía una abundancia de la que hoy no tenemos idea. Todo era grande, hermoso, fastuoso, inmenso. En semejante paraje, donde los árboles se alzaban metros y metros, vivían los animales, algunos de los cuales eran mucho más grandes que los elefantes que hoy vemos. Nadie había intentado cortar un árbol, ni una flor, ni arrancar una planta. Todo estaba impecable. Los arbustos crecían silvestres, y lo mismo todos los seres vegetales. Los animales vivían salvajes, alejados del hombre, huyéndole o atacándole.

—¿Y el hombre?

—El hombre, querido Chonón, en aquella naturaleza salvaje, vivía huraño, apartado en cavernas. Salía sigilosamente, para cazar o pescar. Tenía muchas cosas a qué temer, sobre todo, a los animales.

—Y si éstos eran salvajes, ¿cómo consiguió domesticar algunos?

—Muy sencillo, amigo mío; digo muy sencillo de explicar, pero no tan sencillo de hacer. El hombre primitivo debió cazar en cierta ocasión un cordero; lo cazó, sin matarle, bien produciéndole una herida leve con una piedra, bien cogiéndolo en un pozo recubriendo éste de ramas para que el animal cayese desprevenido. Con este cordero y otro y otros que consiguió cazar de la misma forma, el hombre tuvo su pequeño rebaño, que luego se multiplicó y se hizo cada vez más grande. Por el mismo procedimiento cazó al caballo, al asno, al toro. Con el mismo procedimiento se hizo de gallinas, patos y gansos. Y el hombre fué haciendo caseros, domésticos, a aquellos animales que, como el asno, el gato y el perro, se prestaban a la domesticación.

—¿Y las plantas?

—Con ellas efectuó una operación parecida. Claro que las plantas no tuvo que cazarlas de modo violento. Le bastaba con cogerlas simplemente. Ahora que también las sometió a domesticidad o, lo que es lo mismo, a *cultivo*. Mediante éste consiguió en cualquier terreno apropiado el crecimiento y lozanía de ciertos géneros de plantas.

—Y si el hombre dejara de cultivarlas, ¿qué pasaría, querido buho?

—Volverían a ser silvestres, querido Chonón.

—¡Qué lástima!

—No. ¡Qué alegría!



# LOS EXPLORADORES DEL MELORIA

POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)

—¿No recordáis aquella barca medio rota que encontramos sobre el banco de arena en la entrada del canal?

—No la he olvidado, Vicente.

—Quizá sus tripulantes hayan intentado la exploración.

—¿Y quién creéis que les haya hablado de la existencia de este canal?

—¿Quién...? ¿Quién...? Pues un bribón que lo sabía.

—Dime su nombre.

—¡El grandísimo perro de Simón!

—¿El eslavo?

—Nadie puede haber sido, sino él.

No creo que haya tenido la osadía de emprender él solo una exploración de esta indole; y además, ¿qué interés tenía para él el descubrimiento de este túnel?

—La esperanza de hallar en él algún tesoro fabuloso le habrá decidido.

—Lo dudo, Vicente. Por lo demás, no tardaremos mucho en poner todo esto en claro.

—Sí, doctor; ¡y como ese granuja haya vendido el secreto a otros, yo le aseguro que le hago pedazos...!

—¡Avanti, Miguel!... Hagamos por ganar tiempo.

Los dos pescadores tomaron de nuevo los remos, murmurando mil amenazas contra el indiscreto eslavo, dispuestos a acercarse al punto luminoso, costase lo que costase.

El doctor y Vicente, de pie sobre la proa, interrogaban ansiosamente las tinieblas, mas era en vano. La lucecilla roja no reapareció entre las interminables bóvedas del túnel.

Habían avanzado ya durante media hora, cuando de pronto observaron que la galería se ensanchaba hasta tal extremo que las bóvedas eran tan altas que no llegaban a verlas.

El doctor levantó la antorcha, con la esperanza de ver al menos las paredes; pero también éstas parecían haber desaparecido.

—Seguramente estamos ahora en alguna nueva caverna natural —dijo a Vicente que le interrogaba—. Ha debido ser un feliz hallazgo que facilitó grandemente los trabajos del capitán Gottardi.

—¿Es un gran lago subterráneo?

—Y quizá inmenso, Vicente. ¡Escucha a lo lejos el sonido del agua que se rompe entre los escollos...!

—Sí doctor. ¿Qué haremos?...

—Seguir cualquiera de las dos orillas.

—¿Y el fanal?

—No le veo ahora por ninguna parte.

—¿Habrán desaparecido esos bribones?

—Ya los encontraremos, Vicente; aunque te advierto que aún abrigo ciertas dudas.

—¿No crees aún que eso fuera un fanal?

—Aún no. ¿Adónde queréis que nos dirijamos, al Norte o al Sur?

—Sigamos la costa del Sur. Pero... ¡oh! Mire allá lejos, doctor. ¿Se trata de aimples fosforescencias, o de algún otro fenómeno?

—¿Dónde?

—¿No veis aquellos resplandores? Cualquiera diría que allá lejos hay grandes bloques de fósforo.

—Puede que sean grandes masas de hongos.

—¿Hongos luminosos?

—¿Qué? ¿Te asombras?

—Jamás los he visto.

—Pues en Italia también los hay, ¡y no pocos!

—¿Y cuáles son?

—Todos los hongos de los olivos, los que se llaman técnicamente *agaricus olearius*, son fosforescentes. Si se les expone durante algún tiempo al sol y después se colocan en un lugar oscuro, lanzan vivos resplandores, especialmente por su parte inferior. Esto se observa muy bien durante la noche. Hay otros, además, como los *risomorte*, por ejemplo, que son hongos que viven parásitos sobre los troncos de las plantas, en particular en los lugares húmedos y sombríos, los cuales despiden a veces luz igual a la de una lámpara de incandescencia.

—¿Se los podría emplear como lámparas?

—Una vez cortados, pierden en seguida su fosforescencia.

—Entonces, esa luz que vimos antes, ¿no sería producida por esos hongos?

—Pudiera ser.

—Me alegraría de que así fuese.

—Y yo también.

Mientras conversaban de esta forma, la canoa había llegado a la orilla meridional de la inmensa caverna.

Su playa era soberbia. Parecía como si estuviese formada por bancos de yeso o de nieve blanquísima, pues las rocas y la arena que la formaban eran de una nítida blancura. Hubiérase dicho que aquella inmensa caverna había sido excavada en un bloque de mármol de Carrara.

—Cuantisima riqueza se podía extraer de aquí —dijo el doctor, contemplando con viva admiración aquellas espléndidas rocas que la luz de la antorcha hacía centellear como si fuesen de alabastro—. Las célebres canteras de Carrara no son nada en comparación con los bloques enormes de piedra que podían sacarse de aquí.

—Y es un magnífico mármol —dijo Vicente—. Yo entiendo un poco de esto, pues muchas veces he hecho transportes de ellos en Spezia.

—Es mármol estatuario finísimo. No vale seguramente el metro cúbico menos de mil quinientas liras.

—De aquí se podrían extraer muchísimos millones.

—Sí, Vicente.

—¡Qué desgracia! ¡Tantas riquezas y no poderlas aprovechar!...

—Algún día, cuando ya conozcan el canal, podrán penetrar aquí barcos y se llevarán estos mármoles.

—Y millares de trabajadores.

—Sí, Vicente; día llegará en que esta caverna inmensa sea trabajada.

—¿Acaso cuando se agoten las de Carrara?

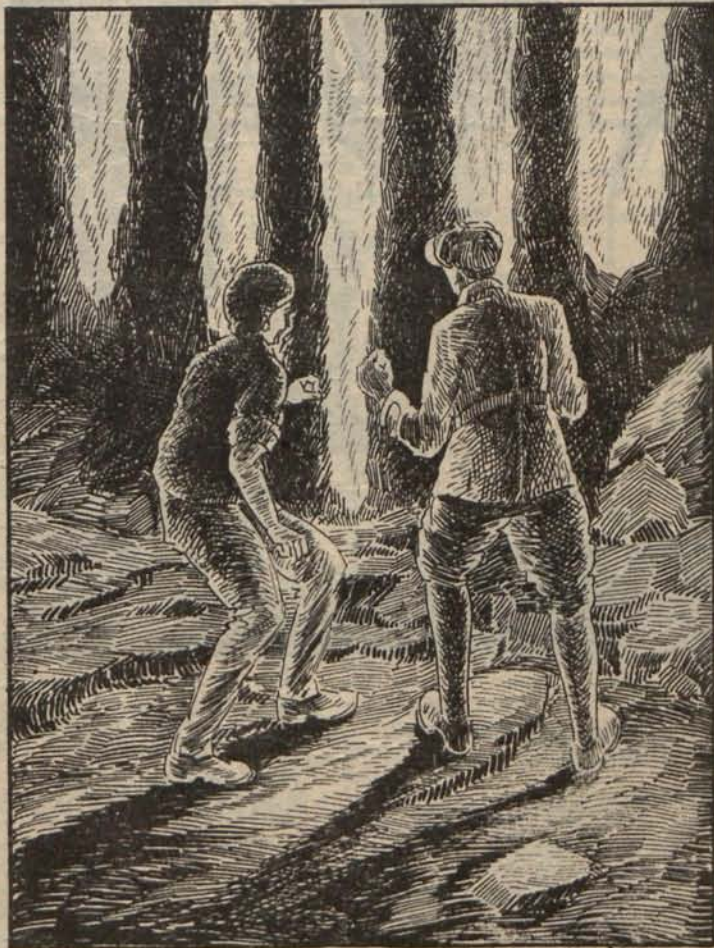
—¡Qué! ¿Agotarse aquellas canteras?... Piensa en que llevan trabajando en ellas desde el tiempo de los romanos y aún quedan montañas de mármol enormes por trabajar. Y la exportación sigue cada día en aumento.

—Deben extraerse un buen número de toneladas, doctor.

—Se calculan al año unas noventa mil, por término medio.

—¡Montañas enteras!... ¿Para obtener tal cantidad de bloques harán falta muchos operarios?

—Sólo en el pueblo de Carrara trabajan más de cuatro mil, sin







contar los escultores, los canteros ni los que transportan los bloques de la cantera.

—Los propietarios deben de hacer ganancias fabulosas.

Mientras tanto, la canoa, impulsada por los remos de Miguel y Roberto, continuaba bordeando la playa. A trechos veíanse grupos de escollos que surgían de las aguas como verdaderos icebergs polares, pues eran blancos como las paredes y las rocas de la costa.

A veces se veían bellas ensenadas, puertos en miniatura, capaces apenas de contener media docena de canoas, y también grandes hendiduras muy profundas que parecían los lechos de antiguos riachuelos. De vez en cuando alguna cascada se despeñaba desde lo alto, saltando y quebrándose sobre los espléndidos mármoles con un rugido profundo, que los ecos repetían en la inmensidad vacía de la caverna.

Y no creáis que en aquellas playas faltasen en absoluto las plantas, las flores y las hojas. No eran en realidad plantas vivas, sino petrificadas o formadas por soberbias cristalizaciones.

En algunas grietas veíanse surgir como troncos petrificados de árboles, que daban la ilusión perfecta: eran bosquecillos que, si bien no podían competir con los célebres de la selva petrificada descubierta en el Arizona, en América, eran, sin embargo, más bellos y admirables.

Bajo las rocas se hallaban infinidad de cristalizaciones maravillosas. Musgos colgantes, líquenes finísimos, grupos de ramas, macizos de follaje, cespéd y raras flores, que lanzaban a la luz de las antorchas brillantes resplandores como si fuesen de oro y centelleos de rubíes y topacios.

En tiempos pasados debió ser esta caverna el fondo de algún volcán, porque esas cristalizaciones maravillosas sólo se observan de ordinario en el interior o en los cráteres de los volcanes.

A ratos, el color blanco de los mármoles cambiaba bruscamente. A las rocas blancas sucedían rocas calcáreas rosas, carmesíes, con vetas espléndidas, verdes o rojizas, y poco después volvía a imperar el tono blanco.

Al cabo de una hora llegó la canoa a una microscópica bahía, encerrada entre altísimos escollos que parecían compuestos a base de alabastro. Sobre la playa, entre dos rocas colosales, veíanse brillar los grupos de hongos que esparcían a su alrededor su luz de tinte indefinido.

—Vamos a verlos —dijo el doctor—. Mientras descansarán un poco nuestros hombres.

—Sí, y que vayan preparando la comida.

Iban a desembarcar cuando llegó a sus oídos un lejano estampido, que salió de la parte trasera de las rocas que había junto a la playa.

—¿Qué habrá sido eso? —exclamó Vicente, mirando con inquietud al doctor Bandi.

—No sé qué será —contestó el doctor, deteniéndose.

—Al pronto me ha parecido una explosión.

—Quizá haya sido producción por la sacudida de un terremoto.

—No lo creo así. La superficie de este lago está tranquila.

—¿No oís?

—Sí, otra detonación.

—Y ha sonado ahí, enfrente de nosotros.

—Pero no se divisa nada —dijo el doctor—. ¿Habrá por aquí alguna caverna?

—¿Socavada quizá detrás de las paredes que blanquean tras las rocas?

—Sí, Vicente.

—¿Qué hacemos, doctor?

—¡Por Baco...! Vamos a ver qué sucede por ahí.

—¿No nos exponemos a algún peligro?

—Los peligros siempre se pueden evitar: basta con ser prudentes.

—Entonces vamos todos; después comeremos.

—¿Está bien amarrada la canoa?

—La he sujetado con doble juego de anclas.

—Coged otras dos linternas y vamos a ver qué es lo que produce esas detonaciones.

Poco después los tres pescadores desembarcaron, dirigiéndose

hacia el lugar de los hongos, que ocupaba una extensión de unos cincuenta metros de longitud por veinte o treinta de anchura.

Eran de la familia de los *rizomorfos*, o sea de esos hongos que se crían en los árboles secos y en las cuevas; pero de dimensiones bastante mayores. Algunos de ellos tenían treinta o cuarenta centímetros de circunferencia, con una altura de siete u ocho pulgadas.

Mientras el doctor y su compañero estaban observando, oyeron de nuevo las detonaciones. Esta vez parecían haber salido de una gran arcada que se veía dibujarse confusamente al otro lado de las rocas.

—Son verdaderas explosiones —dijo el doctor—. ¿Habrá algún volcán de esos pequeños por estos contornos? Me parece sentir olor de azufre o de materias bituminosas.

—Es cierto, señor —dijo Miguel.

—Busquemos un lugar para pasar entre las rocas.

—Tened cuidado, doctor —dijo Vicente.

—No temas, amigo. Si hubiese algún peligro, ya retrocederíamos.

Trepando con no pocos peligros por una alta y escarpada roca, llegaron a una especie de garganta estrechísima, formada de fragmentos de mármol blanquísimo, que podrían tomarse por pilones de

azúcar triturados por un mazo enorme, y flanqueada por dos paredes lisas, como cortadas a pico.

Parecía como si aquel paso hubiese constituido antiguamente el lecho de algún río o un impetuoso torrente.

El camino era escarpado y áspero, a causa de aquellos trozos de roca; pero el doctor y sus compañeros sortearon bien pronto todos los peligros y llegaron a una hondonada bastante profunda. Frente a ellos se erguía una pared gigantesca, cuya parte superior se perdía entre las tinieblas. Era completamente lisa, imposible de subir; pero mirando hacia la derecha, el doctor creyó descubrir una especie de arcada que podía indicar algún paso a la entrada de alguna otra caverna.

—¡Allá! —dijo.

Iba a dirigirse en aquella dirección, cuando vió una especie de relampago rojizo surcar el aire por debajo de aquella arcada, seguido después de aquellas detonaciones que habían oído otras veces.

—¿Habéis visto, señor doctor? —preguntó Vicente.

—Sí —contestó el doctor.

—Allá lejos debe de estar el Infierno.

—O algo muy parecido —dijo el señor Bandi riendo—. ¿Tienes miedo a seguirme?

—Si vais vos, iré yo también.

—Y también nosotros —dijeron Roberto y Miguel.

—Ahora os voy a enseñar una erupción de lava: será un espectáculo que nunca lo olvidaréis y que muy pocos han podido contemplar.

—¿Y no nos achicharraremos?

—Nada temas, Vicente. ¡Venid, amigos!

## CAPITULO X

### UNA ERUPCIÓN DE LAVA

Pasadas las últimas rocas llegaron los cuatro exploradores delante de una inmensa galería que se internaba lo menos quinientos metros en las entrañas de la tierra.

Mejor aún que galería podría llamársele salón, pues tenía espaciosa bóveda, paredes perfectamente lisas, formadas de mármol blanquísimo, y aquí y allá, dispuestas con cierta simetría, algunas aberturas que pudieran tomarse por ventanas.

Una luz intensa, rojiza, salía del extremo opuesto, con intermitencias, haciendo rebrillar los mármoles y tiñéndolos a veces de reflejos rojizos de una belleza maravillosa. Parecía como si a lo lejos ardiese un gran fuego, aunque por el momento no divisasen aún las llamas.

De aquella gran hendidura, pues tal al menos lo parecía, llegaban a intervalos sordos bramidos, seguidos de detonaciones y extraños silbidos, y por último, estallidos que hacían retemblar el suelo de la galería. Un gran número de bloques de piedra desprendidos de lo alto de las bóvedas cubrían el suelo y daban idea de la potencia de aquellas explosiones.

(Continuará en el número próximo)





# EL ZAPATERO DEL CAIRO

## CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

Algunas avisaron al rey, que entró a la habitación de su hija, y vió que tanto ella como sus criadas causaban el asombro de quienes las contemplaban, y su admiración llegó al más alto límite.

Salió el rey de allí e hizo venir al visir, al cual dijo:

—¡Oh visir! Han sucedido tales y tales cosas. ¿Qué dices de todo esto?

—¡Oh rey del tiempo! —le respondió—. Verdaderamente que esta conducta no es propia de comerciantes, porque éstos guardan en sus tiendas las piezas de algodón años y años y no las venden sino cuando tienen ganancias. ¿En qué comerciante se ha visto generosidad como la de este hombre? ¿Dónde se encontrará uno que haya almacenado riquezas y joyas como éstas, que ni siquiera se encuentran en los tesoros de los reyes sino en pequeñísima cantidad? ¿Cuántas cargas de mercancías suele haber en los depósitos de los comerciantes? No hay duda de que lo que hace Maaruf obedece a una causa secreta. Si tú sigues mis consejos, te demostraré la verdad del caso.

—¡Lo seguiré, oh visir! —contestó el rey, intrigado.

—Pues reúnete con él —le dijo el visir—, y, con grandes muestras de afecto, háblale y dile: «Hijo mío, deseo que vayamos el visir, tú y yo solos a dar un paseo y distraernos por el jardín.» Y así que hayamos salido, traeré vino y le obligaré a que beba. Cuando por efecto del vino pierda el juicio, le preguntaremos por su verdadera condición, y él nos contará su secreto. El vino es un pregonero difamador. Con razón dijo el poeta:

Quando lo bebemos y él se arrastra como un reptil hasta la cámara de los secretos, yo le digo: «¡Detente!», temeroso de que su influencia me domine, y mis compañeros descubran mi más íntimo secreto.

»En cuanto nos hayamos enterado de la verdad, podremos conocer su condición, y podremos hacer con él lo que nos parezca; pues, francamente, yo temo por ti de lo que pueda resultar con este hombre. Acaso sienta la ambición del trono, y habiéndose granjeado la adhesión de las tropas por su generosidad y esplendor en repartir el dinero, podrá destronarte y apoderarse del reino.

—Llevas razón —le contestó el rey.

Los dos pasaron la noche ocupados en ultimar su plan; y a la mañana, cuando el rey había salido y se había sentado en el salón, se presentaron ante él los esclavos y los palafreneros, muy afligidos.

—¿Qué os sucede? —les preguntó el soberano.

—¡Oh rey del tiempo! —le contestaron—: los encargados de las cuadras dieron pienso después de haber atado a los caballos y mulas que trajeron las cargas de mercaderías; cuando ha amanecido hemos visto con sorpresa que las bestias han desaparecido; y creyendo que las han robado los esclavos que en ellas venían, hemos buscado por todos los establos, sin ver huellas de caballos ni de mulas; en la habitación de los esclavos, a la cual hemos entrado, tampoco hemos visto a nadie. No sabemos por dónde se han podido marchar.

Maravillóse el rey al oír todo esto, pues él suponía que los caballos, las mulas, los esclavos eran seres reales, cuando no eran otra cosa que servidores del genio del talismán, y exclamó:

—¡Oh malditos! ¿Cómo es posible que mil bestias, quinientos esclavos y sirvientes huyan, sin que os deis cuenta de ello?

—No sabemos cómo habrá podido ser, pero lo cierto es que han huido.

—Marchad —les ordenó— y esperad a que vuestro señor salga de su cuarto, y le contáis lo que ha sucedido.

Y alejaronse de la presencia real y se sentaron, perplejos respecto a este asunto. Al poco rato salió Maaruf, y notando que estaban tristes, les preguntó qué noticias había. Ellos lo informaron de lo sucedido, y él, con displicencia, les dijo:

—¿Qué valor tenía todo esto para que os apenéis por su desaparición? Seguid vuestro camino.

Y él se sentó, riéndose, sin mostrar preocupación ni disgusto por asunto tan baladí.

Miró el rey fijamente al visir la cara, diciéndole:

—¿Qué clase de hombre es éste, para quien no tienen valor alguno las riquezas? Es preciso que haya una razón que explique todo esto.

Y se pusieron los dos a conversar con él. Y al cabo de un rato el rey le dijo:

—Hijo mío, me gustaría que salieras con el visir y conmigo al jardín para distraernos un rato. ¿Qué te parece?

—Muy bien... —contestó.

Y se salieron con dirección al jardín, en el cual había frutas de todas clases, dos ríos corrientes, árboles altos, pájaros gorjeadores. Una vez allí penetraron en un pabellón, que disipaba todas las preocupaciones, y se sentaron a charlar. El visir contaba historias maravillosas, chistes ingeniosos, dichos regocijantes. Maaruf lo escuchaba con atención. Entre tanto llegó la hora de comer, y colocaron sobre los manteles alimentos y una jarra de vino. Luego que comieron y se lavaron las manos, llenó el visir una copa y se la dió al rey, que se la bebió; llenó otra y se la ofreció a Maaruf, diciéndole:

—Toma la copa del licor, ante el cual los inteligentes doblan la cabeza.

—¿Qué es esto, oh, visir? —preguntó Maaruf con curiosidad.

—Esto es la alegría del corazón —replicó el visir—; yo digo como el poeta:

Loor a los que exprimen las uvas, porque al morir éstas nos dejan el agua de la vida.

Y con el mayor entusiasmo siguió recitando versos en alabanza del vino y cantando sus maravillosas virtudes, para excitar el deseo de Maaruf, hasta que consiguió que pusiera sus labios al borde de la copa; después ya no pedía otra cosa el antiguo zapatero del Cairo. El visir no dejaba de escanciar; Maaruf no cesaba de beber, de alegrarse y de divertirse, hasta que perdió el conocimiento y era incapaz de discernir lo bueno de lo malo. Cuando el visir notó que la bebida había hecho su efecto y que su embriaguez había llegado al límite máximo, le dijo:

—¡Oh, comerciante Maaruf! Por Dios que estoy maravillado pensando de dónde has podido adquirir estas perlas, que ni en el tesoro del rey Cosroes se hallaban iguales. Jamás hemos visto un comerciante tan rico como tú, ni tan generoso: tus acciones son propias de reyes, no de comerciantes. Yo te conjuro por Dios a que me cuentes tu historia para que yo conozca tu rango y tu condición.

Y le apretaba con súplicas y zalamerías, mientras que Maaruf estaba completamente ebrio; al fin, acabó por confesar:

—Yo no soy comerciante, ni hijo de reyes... —y le contó la historia de su vida, desde el principio hasta el fin.

—Por Dios, oh, mi señor Maaruf —le dijo el visir— que nos dejes el anillo para que nos divirtamos con él y veamos de qué manera está hecho.

Y Maaruf, en medio de su embriaguez, se quitó el anillo del dedo y se lo entregó al visir, diciéndole:

—Tomad; divertíos con él.

El visir lo cogió, lo puso al revés y le preguntó:

—Si yo lo froto, ¿se presentará el genio?

—Sin duda alguna —respondió Maaruf—. Frótalo y verás como viene. ¡Divertíos con él!

Frotólo el visir y apareció un individuo diciendo:

—A tus órdenes, mi señor. Dime qué quieres que te haga. ¿Quieres que arrase una ciudad, o que levante otra de nueva planta, o que mate a algún rey? Todo lo que tú pidas yo te lo haré sin contradicción alguna.

El visir, señalando a Maaruf, dijo al genio:

—Coge a este perdido y arrójalo en lo más desolado y árido del desierto, donde no encuentre nada para comer ni agua para beber y perezca allí, sufriendo la muerte más triste, sin que nadie lo conozca.



El genio lo levantó en alto y empezó a volar con él por el espacio.

Al notar Maaruf aquello tuvo por segura su perdición, y se puso a llorar, exclamando:

—¡Oh, Abusaadat! ¿Adónde me llevas?

—¡A arrojarte al desierto más desolado de la tierra, sinvergüenza! ¿Quién, poseyendo un talismán como éste, comete la imprudencia de dárselo a nadie para que se divierta con él? Te ha sucedido lo que te mereces. Y si no fuera por el temor de Dios, yo te arrojaría desde una altura de mil brazas, y no llegarías a la tierra sino hecho pedazos por los vientos.

Y se calló el genio, sin volver a hablarle, hasta que llegó con él al desierto. Allí lo arrojó y se volvió, dejándolo abandonado en el lugar más desolado del mundo.

\*\*\*

El visir, así que se vió dueño del anillo, dijo al monarca: —¿Qué dices ahora? ¿No te dije que este hombre era un embustero, un impostor, y tú no querías creerme?

—Llevas razón, visir —contestó el rey—. ¡Dios te dé salud! ¿Tienes la bondad de entregarme el anillo para que me entretenga con él?

Pero el visir se revolvió con furia y le escupió en el rostro, diciéndole:

—Hombre de poco seso, ¿cómo quieres que te dé el anillo y me convierta en tu esclavo después de ser tu señor? ¡No puedo sufrirte más!

Y frotó el anillo, presentándose inmediatamente el genio, al cual ordenó:

—Coge a este sinvergüenza y arrójalo al mismo sitio donde has llevado a su hijo político.

Y voló el genio cargado con el rey, que gritaba:

—Oh, criatura de mi señor, ¿cuál es mi falta?

—Yo no sé nada de eso —contestó el genio—. Mi señor me ha mandado esto y yo no puedo excusarme de cumplir lo que me ordena quien es dueño de este talismán.

Y siguió volando hasta que lo arrojó en el lugar en donde yacía Maaruf, alejándose luego y dejándolo abandonado.

Oyó el rey los lamentos de Maaruf, se dirigió hacia él e informó de lo sucedido. Y los dos juntos lloraron su desgraciada situación en aquel desierto donde no tenían nada que comer ni qué beber.

El visir, después de haberse deshecho del rey y de Maaruf, salió al jardín, reunió a las tropas, convocó al Consejo y les informó de lo que había hecho con aquéllos, contándoles la historia del anillo y diciéndoles crudamente:

—Si no me nombráis vuestro sultán, mandaré al genio del anillo que os lleve a todos y os arroje al desierto. Allí moriréis de hambre y de sed.

—No nos hagais mal —gritaron aterrados—; nosotros te recibimos con gusto por nuestro rey, y no te desobedecemos en nada.

Y lo recibieron por sultán, a la fuerza; él les regaló los vestidos de honor y pidió todo lo que quiso a Abusaadat, que inmediatamente se puso a sus órdenes. Luego se sentó en el trono, y las tropas le rindieron homenaje de obediencia. Y seguidamente dijo que quería casarse con la hija del rey, esposa de Maaruf, sin esperar a que pasara el plazo legal. Ella fingió aceptar este matrimonio, recibió muy cortés y afable al visir, con idea de arrebatarle la sortija encantada, pensando como el poeta:

Yo he conseguido por medio de la astucia lo que no hubiera logrado alcanzar con la espada.

He vuelto con el saqueo de los frutos dulces arrancados.

Le manifestó tener miedo de los genios, y el visir, incauto, se quitó la sortija y la puso debajo de un almohadón. Trató de acercarse, y ella le dió un puntapié en la boca del estómago, tan fuerte, que lo hizo caer al suelo sin sentido; llamó a sus criadas, que vinieron rápidamente, y les dijo que lo apresasen; mientras cuarenta esclavos lo ataban, ella se apresuró a recoger el anillo, lo frotó, y, al aparecer Abusaadat, le dijo:

—Coge a este infiel y mételo en un calabozo, cargado de pesados grillos.

Y así que volvió a darle cuenta de que lo había encerrado en la Prisión de la Cólera, le preguntó:

—¿Dónde llevaste a mi padre y a mi esposo?

—Los he arrojado en medio del desierto.

—Pues te mando que me los traigas inmediatamente.

—Oigo y obedezco.

Y voló sin descanso hasta llegar al desierto, donde encontró a los dos desgraciados, llorando y lamentándose.

—No temáis, os llega socorro —les dijo, contándoles luego lo que había sucedido al visir—; yo mismo le he metido en un calabozo, por orden de tu hija, que me ha ordenado llevaros a su presencia.

Cargó con ellos, alegres con tales noticias, y antes de que hubiera pasado una hora los colocaba delante de la

hija del rey. Esta se levantó, saludó cariñosamente a su padre y a su esposo, les hizo sentar, les trajo comida y dulces, y descansaron el resto de la noche. Al día siguiente vistióse un magnífico traje, hizo vestir también a su marido, y se presentó a su padre, diciéndole:

—Siéntate ¡oh padre! en el trono, y vuelve a ser rey como eras antes; haz a mi esposo visir de tu derecha; informa a tu ejército de lo que ha ocurrido; saca al visir del calabozo y mátalo y aventa luego sus cenizas, porque es un infiel y ha querido cometer conmigo una villanía, y ha demostrado no tener religión; y pórtate bien con tu hijo político.

—Te complaceré en lo que me pides —contestó el rey; pero dame el anillo o dáselo a tu esposo.

—De nada os aprovecha ni a ti ni a él; el anillo no saldrá de mi poder y probablemente lo cuidaré mejor que vosotros. Siempre que deseéis alguna cosa, pedídmela, y yo ordenaré al genio del anillo que os la proporcione. No temed ningún mal mientras yo viviere; después de que yo muera, haced de él lo que queráis.

—Este es un plan acertado, hija mía —asintió el rey—, y, acompañado de Maaruf, se dirigió a la sala de Consejos.

Allí estaban deliberando, en medio de la mayor confusión, los soldados con el jeque del Islam, pues creían que no se podía obedecer como rey a un infiel, y el visir había demostrado serlo con sus actos. Y cuando más grande era el barullo, de repente entraron el rey y Maaruf. Apenas los vieron los soldados se levantaron con gran alegría y se prosternaron en su presencia. Sentóse el rey en su trono, les informó de lo sucedido, y alejóse de sus corazones la preocupación que los embargaba. Dispuso que adornaran la ciudad y que le trajesen al visir que estaba en la cárcel; y cuando éste pasaba por en medio de los soldados lo maldecían, lo ultrajaban y lo colmaban de improperios, hasta que llegó a la presencia del rey. Una vez que lo tuvo delante, mandó matarlo con la muerte más afrentosa. Lo quemaron; y se fué al infierno en la más vil de las condiciones. Qué bien se le puede aplicar el dicho del poeta:

«¡Que no se compadezca nunca el Misericordioso de la tumba que guarda sus huesos; que nunca dejen de atormentarlo Múnkar y Nakir!» (1).

Seguidamente nombró el rey a Maaruf su visir de la mano derecha, y los días de todos fueron agradables; sus alegrías no se acabaron.

\*\*\*

Así transcurrieron cinco años; pasados los cuales murió el rey. Su hija colocó en el trono a su esposo Maaruf, en lugar de su padre, pero no le dió el anillo encantado. En este tiempo habían tenido un hijo, de sorprendente hermosura, de extraordinaria agudeza. Cuando el niño alcanzó la edad de cinco años, su madre enfermó de muerte; llamó a su lado a Maaruf y le dijo:

—Yo estoy enferma.

—¡Dios te conserve la salud, amada de mi corazón!

—Probablemente, yo moriré —dijo ella—. Creo que no necesito recomendarte este hijo nuestro; solamente he de encargarte que guardes bien la sortija, pues temo por ti y por el niño.

—¡Nada malo le sucede a aquel a quien Dios protege! —exclamó resignado Maaruf.

Ella sacó el anillo de su dedo y se lo entregó a su esposo; al otro día murió en la clemencia del Señor (jensalzado sea!).

Maaruf siguió siendo rey y se dedicó a los asuntos de gobierno. Cierta día sucedió que después de haber agitado su pañuelo y haberse alejado la guardia de su presencia, se retiró al salón y allí se estuvo hasta que se extinguió el día y vino la noche con su cortejo de sombras. Siguiendo la costumbre, entraron a su cámara los altos dignatarios que le acompañaban y se estuvieron divirtiéndole hasta la media noche; pidiéronle permiso para retirarse y, habiéndoselo concedido, salieron de su presencia, dirigiéndose a sus aposentos. Después de lo cual, se acostó. Maaruf dormía tranquilamente, y de pronto sintió algo a su lado, en la cama; despertó sobresaltado y exclamó: «¡Dios me ayude contra Satán el maldito!»; y al abrir sus ojos vió a su lado una mujer de aspecto horripilante.

—¿Quién eres tú? —le preguntó con ansiedad.

—No temas —le contestó tranquilamente—; yo soy tu esposa Fátima El Orra.

La miró fijamente a la cabeza y la reconoció por la fealdad de su rostro y por la longitud de sus colmillos.

—¿Cómo has llegado hasta mí —le preguntó indignado—, y quién te ha traído a esta tierra?

(1) Angeles que acusan al alma en el momento del juicio.

(Continuará en el número próximo.)



# EL ARBOL PROHIBIDO

## CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

Había un joven que se llamaba Labakoane (para entendernos mejor, le llamaremos *Pedrin*), el cual tenía una hermana, de nombre Takane, a quien nosotros llamaremos *Anita*. Mientras que sus padres hacían en el campo sus labores, Pedrin guardaba el ganado y Anita quedaba sola en la cabaña vigilando la cázueta.

Un día Pedrin dijo a su hermana:

—Oye, dame *cumongoé*.

*Cumongoé* se llamaba un árbol que rezumaba un jugo blanco parecido a la leche cuando se le hería con un hacha. Pero nadie debía tocarle, porque estaba reservado a servir de alimento a los padres de Pedrin y de Ana. Esta respondió:

—¿No sabes tú que nos está prohibido comer el jugo de ese árbol? Unicamente nuestros padres pueden hacerlo.

—Si es así, no llevo el ganado a pastar. Que se quede en el establo todo el día.

La hermanita no respondió, y Pedrin permaneció sentado. Después de un rato, ella le preguntó:

—¿Cuándo vas a salir para el prado con las bestias?

—Las bestias no pastarán en todo el día —respondió Pedrin.

Viendo aquello, cogió Ana un jarrito y un hacha y se dirigió al árbol. Dió un golpe en el tronco del *cumongoé* y al momento salió un chorrito de leche.

—Tómala, bebe —le dijo a Pedrin.

Pero Pedrin respondió que se la guardase o se la bebiese, que él no tenía bastante con aquella cantidad.

Ana volvió entonces a descargar hachazos en el tronco. Y esta vez salió mucha leche: un arroyito, que penetró en la cabaña. La pobre chica se asustó y llamó a su hermano a voces:

—¡Ven, Pedrin! ¡Socórreme pronto! ¡Que el árbol de nuestros padres se agota! ¡Que la cabaña se llena de la leche que sale!

Todos sus esfuerzos para contener el escape fueron inútiles. Cada vez salió más y con fuerza mayor. Pronto empezó a correr por la pendiente que iba hacia el terreno donde labraban sus padres.

El marido, padrastro de los niños, a quien llamaremos León, se dió cuenta y dijo a su mujer:

—¡Mira, Brava! ¡Mira cómo viene por ahí *cumongoé*! Los niños deben haber hecho alguna tontería de las tuyas.

Soltaron las herramientas de labor y salieron al encuentro del *cumongoé*. León puso sus manos en forma de cuenco y se sirvió de ellas para beber a toda prisa. Brava le imitó. La leche se fué replegando, replegando, hasta entrar en la cabaña.

Llegados a ella, León y su mujer preguntaron a la niña:

—Oye, Ana, ¿qué has hecho? ¿Por qué corre camino abajo la leche del árbol que sólo a nosotros está permitido aprovechar?

Anita repuso:

—No es culpa mía, sino de Pedrin, el cual se negaba a llevar las bestias al pasto si no le daba leche de *cumongoé*. Por esto se la di.

Marido y mujer permanecieron callados un momento.

Y León, sin más explicaciones, tomó de la mano a su hijastra y salió para los dominios de los canibales, donde pensaba dejarla para que se la comiesen.

Al pasar cerca de unos terrenos de cultivo, salió un conejillo y le preguntó:

—¿Adónde llevas, León, una criatura tan bella?

León, respondió:

—Puedes preguntárselo a ella misma; ya tiene edad para responder.

Ana, entonces, dijo cantando:

«Yo di a Pedrin *cumongoé*  
(al pastor de nuestro ganado)  
para que las bestias pudiesen  
abandonar el negro establo.  
Para que no muriesen de hambre  
rompí los respetos al árbol».

El conejillo al oírla saltó y dijo:

—¡Que seas tú el devorado por los canibales, León, y no la criatura que llevas!

Siguieron su camino, y poco más adelante hallaron un ciervo, que le preguntó a León:

—¿Adónde llevas una criatura tan bella?

León respondió:

—Puedes preguntárselo a ella misma, que tiene edad de responder.

Y Ana repuso al ciervo lo mismo que al conejillo, cantando.

—Que seas tú quien peligre y no ella, León —dijo el ciervo.

A la mañana siguiente, padre e hija se cruzaron con unas gacelas, que preguntaron a León:

—¿Adónde llevas una criatura tan hermosa?

—Preguntádselo a ella, que tiene edad de responder.

La hija, entonces, cantó como otras veces.

—¡Que seas tú, y no ella, el devorado por los canibales, León! —exclamaron las gacelas.

Por fin llegaron al lugar donde vivían los canibales. Dieron en la choza de Masilo, el hijo

del jefe, donde se habían reunido muchos de ellos. El padre de Masilo era antropófago, comía carne humana; pero Masilo, no.

Entró la pareja en la tienda. Buscaron una piel de buey para que se sentase Ana; pero al padre le dejaron de pie.

Masilo preguntó a León:

—¿Adónde llevas una criatura tan hermosa?

León respondió:

—Puedes preguntárselo a ella misma; no es muda y tiene edad de responder.

Ana cantó lo de siempre. De este modo confesó públicamente su falta.

Masilo entonces llamó a uno de sus esclavos y le dijo:

—Condúcelos a la tienda de mi madre, y dile que retenga junto a sí a la joven, y que al hombre lo envíe a saludar a mi padre.

La madre de Masilo hizo que un criado condujese a León al aposento de su marido, el jefe de los canibales. El criado, al entrar, dijo:

—Masilo me encarga que conduzca este hombre hasta ti para que te salude.

El antropófago tomó del brazo a León, y llevándole hasta un caldero que tenía sobre las llamas le precipitó en él. Cuando León es-







tuvo cocido, el jefe se lo comió tranquilamente, y el criado de Masilo dejó el aposento.

Ana se casó con Masilo al poco tiempo, y tuvo una hija. Cuando la suegra vió a esta niña exclamó:

—¡Qué cosa más inútil! Entre nosotros, cuando nace una chica es llevada al antropófago para que la devore.

Al conocer Masilo que su hijo era hembra, exclamó:

Bueno. Llevádsela a mi padre, que ya sabrá lo que hacer con ella.

Pero Ana dijo:

—No, no. Entre nosotros no se come a los niños. Cuando mueren, se les entierra. ¡No quiero que me quiten mi hija!

La suegra replicó:

—No nos hacen falta las niñas para nada. Lo que hay que traer son varones.

Masilo se acercó a su mujer y le dijo en tono cariñoso:

—Anda, déjale la niña a mi padre.

Pero Anita no se ablandó por el tono de Masilo, y repuso:

—¡Prefiero enterrarla! ¡Todo, antes que verla en la boca que devoró a mi padrastrós!

Dicho lo cual bajó hasta el río con su hijita en los brazos.

El río formaba en aquel lugar una especie de estanque festoneado de rosas. Ana se echó en la arena y lloró un gran rato, sin decidirse a enterrar aquel pedazo de su alma. En esto surgió del agua una vieja y, acercándose a los rosales, le preguntó:

—¿Por qué lloras?

Ana respondió:

—Lloro por mi niña, que he de sepultar en la orilla.

—Dámela, yo cuidaré de ella. Siempre que desees verla la verás. Dime cuando vas a venir a verla.

Ana se la entregó. Cuando la vieja se hubo sumergido con ella, volvió a su cabaña.

Pasaron unos días; llegó el fijado para verla, y Ana volvió al estanque.

A la orilla del agua se puso a cantar:

«Ven con mi fruto, viejecita,  
Ven con ella, dame la vida.»

No tardó nada en aparecer la vieja. La niña había crecido lo increíble.

Su madre permaneció con ella toda la tarde y luego se separaron.

Tales visitas se repetían mensualmente.

Al cabo de un año la pequeña había crecido tanto que parecía una mujer. Ana estaba loca con ella.

Todo iba bien; pero he aquí que un día se acercó por allí un criado de Masilo a cortar ramas y vió que Ana besaba a una joven que se parecía mucho a su amo. Sin perder un minuto fué con la noticia a Masilo:

—Acabo de descubrir en la ribera a tu hija, a la que tu mujer debió enterrar.

—¿De modo que no está muerta?

—No sólo no está muerta, sino que es una mujer alta y hermosa.

—¿Qué debo hacer ahora?

—Verás: el día en que tu mujer te diga que va a bañarse al río, escóndete detrás de los rosales y espera a que llegue.

Pocos días después Ana dijo que iba a bañarse. Masilo se ocultó cerca del sitio que le indicó el criado y la vió llegar y la oyó cantar:

«Ven con mi fruto, viejecita,  
Ven con ella, dame la vida.»

Masilo presenció toda la escena, y cuando aquella noche estuvo solo con su mujer, la dijo:

—Esta tarde he visto a mi hija en el sitio donde decías que ibas a enterrarla.

Ana contestó:

—Tus palabras carecen de sentido. Nuestra hija está bajo las arenas.

Masilo rogó e insistió mil veces para que Ana se confiase a él. Después de muchas súplicas dijo Ana:

—Si te la doy, la pondrás en manos de tu padre, que la devorará.

—Yo te aseguro que no, puesto que ya es una mujer.

Al día siguiente, Ana llamó a la viejecita y le dijo que Masilo quería quedarse con su hija.

La vieja pidió por el rescate mil cabezas de ganado.

Masilo reunió quinientas vacas y quinientos bueyes magníficos y llegó con su mujer y todo el pueblo a la orilla del estanque.

Ana llamó a la vieja y ésta apareció con la joven.

En aquel momento se oscureció el sol, pero luego volvió a lucir.

Masilo vió a su hija, y el pueblo entero quedó maravillado de aquella joven, salvada de la muerte.

Las mil piezas de ganado fueron arrojadas al río, según la oferta; es decir, al río, no; a un país misterioso que había bajo las aguas, donde reinaba la viejecita.

Cuando volvieron a su cabaña, la madre de Masilo dijo a éste que Ana debía visitar a su madre y comunicarle su casamiento.

Masilo respondió que sí, y

que llevaría el regalo acostumbrado.

Llamó a su gente en seguida y le dijo que era preciso reunir muchos carneros, bueyes y vacas y salir en comitiva para el pueblo de su mujer.

A los pocos días iban de camino.

Ana lo conocía por haber pasado por él con su padre; pero llegó a un desfiladero que, al pronto, no reconoció.

Una gran roca le cerraba casi por completo, y esta roca no existía antes.

Era un obstáculo que les ofrecía el padre de Masilo, quien no vió con alegría la huida de su hijo y la esposa de éste.

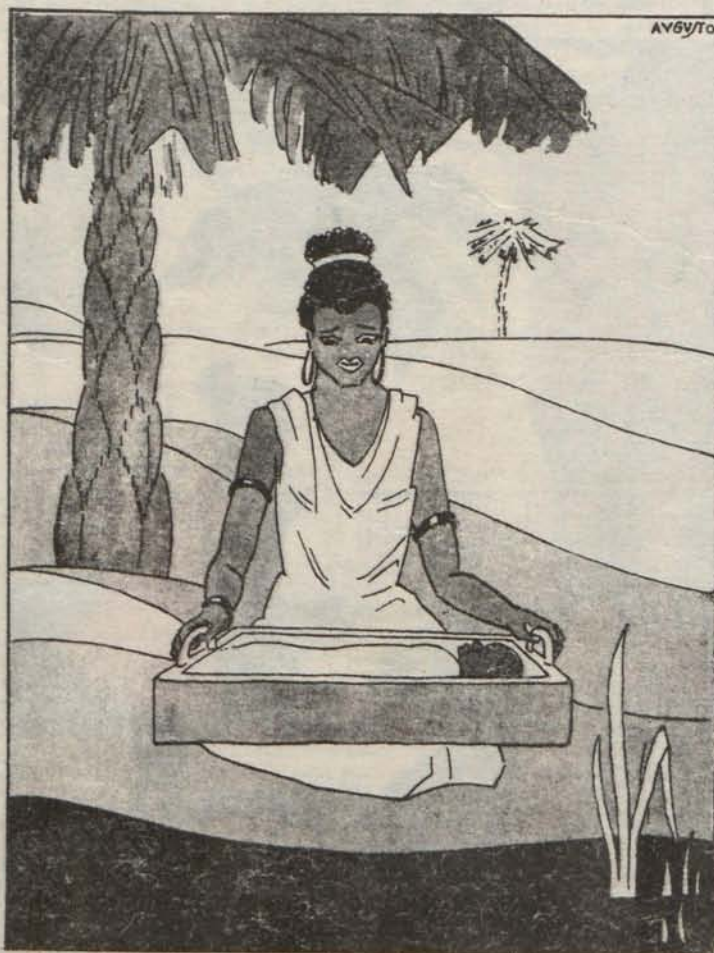
Los caminantes, sin embargo, acometieron la empresa de atravesar aquella roca, lo cual suponía un trabajo inmenso, de muchísimos meses.

Fué una travesía larga, penosa y arriesgada.

Por fin, después de muchas cosas que contar, llegaron felizmente al pueblo de Ana, donde su madre y su hermano, que no esperaban verla más, lloraron de alegría y festejaron la boda matando muchos y muy sabrosos animales.

El árbol de la leche no existía ya.

F I N







# COLORÍN Y SU PANDILLA







# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO







# DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.





**PROGRAMA  
PARA HOY  
TODOS  
A  
PELEAR**  
*Sensacional!*

# GRAN CINE



## Cumpliendo órdenes.

rante de la flota, dirigiéndose al capitán Colin Wood—. En cuanto usted llegue allá se lo comunica al general Millington, gobernador del distrito, y si él lo juzga conveniente pondrá usted una partida de hombres a su disposición, teniendo buen cuidado de que estén bien preparados para en caso de necesidad.

—Está bien —respondió el capitán del *Huracán*.

Para que sepa usted lo que se requiere, tanto de usted como de sus marineros, le contaré lo que pasa —continuó el almirante. Hace algún tiempo que una tribu de indígenas que habita en el interior de Acroon está llevando a cabo una serie de actos ilegales, en vista de lo cual el gobernador ha desterrado a un lugar solitario al rey de la tribu, que parece ser era el instigador de las rebeliones. Pero ahora parece que sus partidarios, resentidos por la pérdida de su rey, se han declarado francamente hostiles a la población blanca de Acroon. Y ya se ha puesto la situación tan mal que los ingleses allí residentes están muy alarmados y piden protección. Este es el motivo de que usted vaya a Acroon para prestarles la ayuda que se requiera.

Wood pasó desde el buque almirante al destróyer *Haracán*, y no bien hubo llegado al puente, el barco empezó a navegar con dirección a Acroon, pueblo situado en la costa oeste africana.

Amanecía cuando el *Huracán* llegó a la vista del puerto. Colin Wood pudo percibir una columna de humo que a la izquierda extrema del pueblo ascendía hacia el firmamento rojizo.

—Mc Todd —dijo, al par que se asomaba a sus ojos el ansia de la pelea—, me parece que llegamos demasiado tarde para impedir los disturbios.

Poco después el *Huracán* anclaba en la bahía de Acroon, y Colin Wood, al mando de su patrulla, dirigióse a tierra en varios botes. Después de desembarcar pusieron en formación, y así formados, con el capitán a la cabeza, penetraron en el pueblo. En las calles había muy poca gente. La mayor parte de las tiendas estaban cerradas, así como también las puertas y ventanas de las casas, y Colin comprendió que la población estaba atemorizada.

El capitán dirigió su partida al palacio del gobernador. Tanto el edificio principal, como otros pequeños que le rodeaban, estaban hechos un montón de cenizas. Cinco hombres blancos, que parecían los únicos que se habían aventurado a salir de su casa, contemplaban las ruinas del edificio. Ante la aparición de los hombres del *Huracán* los ánimos empezaron a levantarse.

—¡Gracias a Dios que vienen en nuestra ayuda! —exclamó un señor viejo.

—¿Dónde está el general Millington? —preguntó Colin Wood.

—Nadie lo sabe, porque a media noche una partida de rebeldes asaltaron el palacio y los edificios del Gobierno, llevándose al gobernador y a su estado mayor. Estos eran sobrepasados en número por la horda negra y fué inútil toda resistencia.

—En apariencia se han contentado con la captura del gobernador —dijo Colin—, y eso sería, probablemente, en venganza por la pérdida de su rey. ¿Dónde habitan esos rebeldes?

De pronto llegó hasta ellos como un tejido ahogado que procedía de algún sitio cercano.

—¿Qué ha sido eso, mi capitán?

El quejido se repitió, y entonces notaron que venía del mismo árbol bajo el cual los oficiales estaban hablando. Colin Wood de un salto se agarró a una de las ramas, subióse a ella y trepó hasta la copa del árbol. Desde allí miró para abajo, y vió unos ojos brillar en una faz negra que le miraban fijamente.

## Sobre la pista de los habitantes de Kula.

—¡Hola! ¿Quién eres tú y qué haces aquí? —preguntó Wood.

—¿Yo? Nippi. Y no poder salir; muy apretado aquí —respondió una voz ahogada.

Colin descendió hasta el hueco del tronco y cogió las manos extendidas del negro, que se retorció violentamente para libertarse del tronco que lo aprisionaba.

Colin Wood lo fué sacando hasta ponerlo en el suelo. Era un chico.

—¿Quién eres tú, Nippi?

—Yo... Nippi..., el recadista del

gobernador —respondió el negrito—. Anoche muchos hombres aquí, y Nippi esconderse dentro de árbol hasta todo pasar.

—Y cuando todo pasó no pudiste salir, ¿eh? Ahora, escucha, Nippi. Si es verdad que eres el recadista del gobernador, tendrás interés en ayudarme. Dime todo lo que sucedió anoche.

Nippi, que era un muchacho leal, estaba deseoso de hacer todo lo que pudiera para ayudar a su amo, y en seguida relató el ataque de la noche anterior.

—¿Y tú sabes a qué parte de la selva los han llevado?

—Sí, señor. Llevarlos al pantano de Kula. Hombres de Kula muy malos. Nippi vive allí una vez; pero Nippi no gusta, y Nippi marcha por trabajo aquí.

—¿Y podrías tú conducirnos al pantano de Kula? Si lo haces no te pasará nada malo, Nippi, porque los marineros del rey blanco son mucho más grandes que todos los hombres de Kula.

—Sí, señor. Nippi llevarlos allá en seguida.

Ya que se presentaba aquella oportunidad, Colin no quiso perder tiempo, y los hombres del *Huracán* echaron a andar hacia la espesa selva con el negrito delante, que les mostraba el camino.

Cuando penetraron en la selva se dieron cuenta de los peligros y dificultades que ofrecía el atravesarla.

A pesar de que el sol ya estaba alto, el follaje, intensamente desarrollado, y las crecidas plantas trepadoras que se enlazaban a los troncos de los árboles, obstruían completamente la luz, haciendo la selva más oscura que la noche. No había camino ni senda de ninguna clase..., es decir, ningún modo de abrirse camino más que derribando espesos matorrales que crecían por toda la selva en salvaje profusión.

Nippi continuaba andando sin vacilar, aunque los del *Huracán* no comprendían cómo se las arreglaba para encontrar la verdadera dirección, porque no había nada que pudiese servir de orientación.

Cuando cayó la noche la patrulla salió de entre los árboles, encontrándose al borde de un pantano cenagoso.

En el centro del pantano había una isla bastante grande, de terreno sólido, y edificadas sobre ella, las chozas de la aldea Kula.

—Ahí viven los hombres de Kula —declaró Nippi en voz baja—, y Nippi enseñar ahora el único camino para andar por el pantano.

Antes de que Colin contestase al guardia marina, Spring le tocó en un brazo y señaló a la izquierda. Por el pantano venía un carro cargado, tirado por cuatro bueyes. La partida de marineros mantúvose oculta entre los árboles, viendo aproximarse el carro; Nippi volvió a murmurar al oído de Colin:

—Ese carro traer arroz para los hombres de Kula; ellos no tener ninguno en su isla y una tribu que vive cerca traer sacos de arroz, porque esa tribu ser cobardes y tener miedo a los de Kula; los de Kula ser un pueblo terrible —dijo, mofándose.

Colin Wood no hizo comentario alguno ante este descubrimiento, y esperó a que el carro pasara junto a él. En cuanto el vehículo quedó oculto de los habitantes de la isla por los altos árboles que bordeaban el pantano, y antes de que el carro saliera de entre ellos, Colin Wood se adelantó y se mostró a los cuatro negros que conducían los bueyes. Hízoles detenerse con el revólver, y dijo al chico:

—Nippi, háblales a estos hombres en su lengua y diles que si hacen lo que yo les mande no tendrán que volver a temer más del pueblo de Kula.

—Nippi transmitió el recado, que causó cierta satisfacción en los indígenas.

—Ahora, diles que descarguen el





carro en seguida y que vacien los sacos de todo lo que contienen.

Nippi transmitióles la orden, y los negros pusieron a cumplirla con afán. Ayudáronles los marineros, y cuando el carro estuvo desocupado, Colin Wood volvió a decir:

—Ahora comunícales que doce de mis hombres y yo vamos a meternos dentro de los sacos; ellos continuarán hasta la isla sin dar a entender que los sacos contienen otra cosa más que arroz.

Los carreteros, a quienes el uniforme inglés inspiraba gran respeto, llevaron a cabo las instrucciones y condujeron el carro por el vado que era el único camino para penetrar en la isla. El carro iba dando tumbos, y diez minutos después llegaba a la aldea de Kula. La llegada del carro fué acogida con entusiasmo por los indígenas, pues terminábase las provisiones y aguardaban con ansia la nueva remesa.

Los carreteros, que ya muchas veces habían llevado las provisiones, descargaron el carro sin que nadie les ayudara, porque los hombres de Kula habían considerado siempre muy por bajo de su dignidad ayudar en las faenas a la tribu que se rebajaba a convertirse en siervos suyos.

Así, pues, después que descargaron los sacos, los colocaron a la sombra de una de las mayores cabañas, y después de hacerlo así marcháronse muy contentos de salir pronto de allí antes de que se descubriera el engaño.

### Lance apurado.

En la isla de Kula reinaba la mayor tranquilidad, pues los habitantes se habían retirado a descansar. Cuando llegó la hora que Colin esperaba, salió muy silenciosamente del saco, fué pasando por delante de todos los marineros, avisándoles de que salieran también, y a una

señal todos estuvieron fuera. Colin Wood sabía que el gobernador y demás prisioneros estaban dentro de la cabaña junto a la cual estaban los sacos, pues hacía todavía poco tiempo habían venido dos indígenas a anunciar a sus indefensos cautivos la suerte que les amenazaba al amanecer.

Colin se deslizó hasta el frente de la cabaña. Delante de la puerta estaban dos negros haciendo la guardia. Colin se echó sobre uno de ellos y Bob Luck sobre el otro. Ambos centinelas cayeron al suelo quedando indefensos, sin poder siquiera gritar.

Con la guardia a su disposición, el acceso a la cabaña era muy fácil. La puerta estaba cerrada por fuera sólo con una barra de madera que Colin Wood se apresuró a quitar. Dentro estaba completamente oscuro, y el capitán les advirtió en voz baja que venían a salvarles y que se estuvieran quietos.

Detrás del capitán penetraron los doce marineros y a tientas fueron desatando a los cautivos, que eran nueve, contándose entre ellos el general Millington. Pero apenas quedaron en libertad, fuera de la cabaña sonó un grito de alarma. El grito fué repetido lo menos por veinte hombres, y al asomarse a la puerta Colin vió venir una imponente horda de ellos, que se abalanzaban a la cabaña. Alguien había prevenido a los habitantes de Kula que se habían despertado y venían en multitud frenética a atacar a los prisioneros y a sus salvadores.

—¡Todos a pelear! —ordenó Colin—. ¡Hay que cazarlos!

Y de rodillas a la puerta de la cabaña, con Bob Luck a su lado, otros dos de pie detrás y otros metiendo los rifles por entre éstos, empezaron a tirotear a los rebeldes.

Los tiros hicieron detener a los asaltantes.

Sonó otra descarga y dos de los indígenas cayeron al suelo. Ante esto, las hordas de Kula decidieron emplear otra forma de ataque: la que habían empleado la noche anterior.

Siguió una pausa breve, pero aterradora para los prisioneros y los del Huracán, y en seguida los negros empezaron a arrojarles lanzas con los mangos ardiendo. Las lanzas iban dirigidas a la choza, clavándose en las paredes, hechas de hojas de palmera, y prendiendo fuego. De la cabaña salieron grandes llamas, y los intrépidos defensores comprendieron que en pocos minutos el fuerte se derrumbaría encima de ellos, con riesgo de quemarlos.

No quedaba más recurso que salir de su cobijo, afrontando las circunstancias.

Colin Wood, consciente de que tanto él como sus marineros iban a la muerte, dió una orden terminante en tono claro y tranquilo:

—¡Marineros del Huracán! ¡Si hemos de morir, muramos peleando! ¡Seguidme todos!

Y al dirigir la partida, por el lado izquierdo de la cabaña vino una descarga de tiros, y por el camino del pantano aparecieron el resto de los marineros del Huracán con Nippi delante, que venía mostrándoles el camino.

La llegada de este refuerzo cayó como una bomba entre los negros de Kula, y en el primer impulso fué huir en precipitada confusión. Esto dió a Colin y a sus compañeros oportunidad de marchar, y se precipitaron al camino. Una vez en él, se unieron a los refuerzos.

El poco tiempo empleado en esta maniobra fué suficiente para demostrar a los de Kula la fuerza del enemigo, pues vieron que tenían que luchar solamente con cincuenta hombres, mientras ellos pasaban de trescientos. Pero estando ya los prisioneros libres, Colin no quiso perder uno solo de sus hombres si podía evitarse, y concibió un plan con el cual esperaba derrotar por completo al enemigo.

—¡Retiraos, manteniendo el fuego todo el camino! —ordenó.

Los marineros echaron a andar de espaldas sosteniendo el fuego sin cesar. Cada vez que los indígenas avanzaban en su persecución una descarga cerrada les hacía retroceder; pero esto era momentáneo, pues los negros volvían una y otra vez al ataque.

Cuando ya casi todos sus hombres estuvieron en terreno firme Colin habló con el primer oficial que llevaba una mochila cargada de municiones. El oficial metió la mano en la mochila,

y, agachándose a intervalos regulares, según se iban retirando, iba metiendo algo en las grietas del camino rocoso.

Diez veces repitió la operación y cuando todos estuvieron en terreno seguro, Colin dió una última y enérgica orden:

—¡Que seis hombres disparen a las bombas que han sido colocadas en las rocas!

Cada uno de los diez hombres escogidos para disparar apuntó a una de las bombas forma de huevo y diez tiros sonaron a la vez.

Los tiros fueron seguidos de una atonadora explosión y los arceces del camino volaban en fragmentos, cortando así a los indígenas toda posibilidad de salir de la isla del pantano.

—¡La obra está terminada! —exclamó Colin con una sonrisa de satisfacción. Los hemos confinado en la isla y no podrán salir de ella, hasta que alguien haga un puente en la brecha abierta entre la isla y la tierra firme. Pero de esa tarea se encargarán otras autoridades.

Al oír los disparos de la fuerza de Colin Wood fueron enviados una patrulla de soldados ingleses al lugar de la rebelión; pero cuando llegaron vieron que los habitantes de Kula ya estaban sometidos y castigados.

Más tarde se descubrió que la tribu estaba regida por un consejo de seis hombres, los cuales, con terribles amenazas, tenían atemorizados al resto de la tribu para que cumplieran sus órdenes. A estos seis hombres los cogieron prisioneros, y fueron a reunirse con su rey que también había originado una revolución semejante primero. Y los habitantes de Kula empezaron a llevar una existencia tranquila y pacífica.

Desde entonces no ha vuelto a haber más revoluciones en Acroon, cosa por la que la población blanca debe eterna gratitud a Colin Wood y a los valientes marineros del Huracán.









# EL TEATRO DE PINOCHO

## DON POLIPASTO Y LOS SALVAJES

AVENTURA CÓMICA EN TRES ACTOS

(Continuación.)

D. POL. Me alegro mucho... Bueno, pero, de verdad, ¿de verdad, no es usted Leonardo? Porque a mí me parece que toda esa nariz... no puede ser de veras.

B.-T.-W. ¡Relámpagos, truenos, tormentas y trombas marinas! ¡Me está usted cansando con tanta idiotez! ¡Y si a mí se me hinchaban las narices!...

D. POL. Si a usted se le hinchaban las narices, se tiene que salir todo el mundo de la isla, porque no queda sitio...

B.-T.-W. ¡Volcanes y terremotos! ¡Esto ya es demasiado! (*Aparece Chu-Ban-Gao y dos soldados salvajes.*) ¡Detenedle!

D. POL. ¿A mí? ¿Por qué? ¡Es un atropello!

B.-T.-W. ¡Por desacato y blasfemia! ¡Se ha burlado de mi nariz!

C.-B.-G. ¡Oh!

LOS SOLDADOS. ¡Oh! ¡Oh! (*Se pone cada uno a un lado de don Polipasto.*)

B.-T.-W. Tenedle bien sujeto.

D. POL. (*A Chu-Ban-Gao.*) ¿Quién es ese señor tan mandón?

C.-B.-G. Es Bana-Taba-Wo, el hijo de la Constelación... El rey de la isla...

D. POL. ¡Vaya una plancha! ¿Y qué tiene su nariz, para no poder decir nada de ella?

C.-B.-G. Es el signo más notable de su familia. Su nariz es sagrada, como lo es la trompa del elefante.

D. POL. ¡Pues sí que me he lucido! (*A Bana-Taba-Wo.*) Perdone usted, hijo de la Constelación, descendiente del Sol, primo hermano de la Luna, y tío segundo de la Osa Mayor. Yo no sabía la importancia de esa nariz tan venerable, y, ¡claro!, el que no sabe es como el que no ve.

B.-T.-W. Pero has blasfemado contra el sagrado atributo de los Houbango-Bara, y tendrás tu castigo.

D. POL. ¿En qué consiste el castigo?

B.-T.-W. En siete reales de multa.

D. POL. ¿Nada más? ¿Y después?

B.-T.-W. ¿Después? Nada.

D. POL. ¡Vamos, tonto! No disimule usted. ¡Si ya me hago cargo de que luego me van a asar.

B.-T.-W. ¿Quién le va a asar?

D. POL. ¡Ustedes! ¿Quién va a ser?

B.-T.-W. ¿Nosotros?

D. POL. ¡Claro que ustedes!

B.-T.-W. Y, ¿para qué le vamos a asar nosotros?

D. POL. ¡Toma! ¡Pues para comerme! ¿Se cree usted que no lo sé?

B.-T.-W. Aquí no nos comemos a nadie. ¿Por quién nos ha tomado usted?

D. POL. Pues por lo que son, por unos salvajes.

B.-T.-W. ¡Nosotros no nos comemos a nadie!

D. POL. Pues hacen ustedes muy mal, y están perdiendo un tiempo precioso. La obligación de ustedes es comerme asado.

B.-T.-W. ¿Nuestra obligación? ¡Quite usted allá!

D. POL. ¡Está clarísimo! ¿Son ustedes hombres civilizados? No. ¿Tienen ustedes tranvías, y cines, y máquinas de liar pitillos, y teléfonos, y aparatos de radio, y motos, y sombreros hongos, y ventiladores y guardias de la porra?

B.-T.-W. No. No tenemos nada de eso. (*A Chu-Ban-Gao.*) ¿Verdad, tú?

C.-B.-G. No tenemos nada de eso, en efecto.

D. POL. Entonces son ustedes unos salvajes...

B.-T.-W. Conformes.

D. POL. Y la obligación de los salvajes es comerse asados a sus prisioneros.

B.-T.-W. Pero ¡si a mí no me gustan los prisioneros asados! Prefiero la tortilla de espárragos...

D. POL. ¡Pues se fastidia usted, y come prisioneros! ¡Pues, hombre, no faltaba otra cosa! Para eso es usted rey salvaje y tiene que dar ejemplo a sus súbditos.

B.-T.-W. ¡Yo no tengo que dar ejemplo de nada!

D. POL. ¡Usted come y calla! ¿Es que usted no ha leído las novelas de Salgarí? Todos los buenos salvajes tienen sus deberes que cumplir. ¿A que no tiene usted las cabezas de sus enemigos en lo alto de un palo?

B.-T.-W. ¡Ni se me había ocurrido!

D. POL. ¿Ve usted? ¿Y la danza del fuego, la bailan ustedes?

B.-T.-W. No. Yo creo que no. ¿Verdad? (*A Chu-Ban-Gao.*)

C.-B.-G. No, señor. No bailamos la danza del fuego.

D. POL. ¡Muy bonito está eso! ¡Son ustedes unos salvajes que no cumplen con su obligación! ¿Qué bailan entonces?

B.-T.-W. (*Avergonzado.*) El pasodoble.

D. POL. ¿Y nada más?

C.-B.-G. (*Avergonzado.*)... y la jota.

D. POL. ¡Se le debía caer la cara de vergüenza! Ya arreglaré yo este asunto. Antes de que me asen, les enseñaré la danza sagrada del fuego, y los sortilegios para atraer los espíritus benéficos, y a hacer tatuajes en la piel. ¡Vamos, hijo de las Siete mil cabrillas! Ya verá cómo le gusta un poco de muslito asado... ¡Si es usted un goloso! ¡Se le nota en la cara! ¿Vamos? No deje usted de recordarme que les en-

señe a envenenar las flechas y a conjurar la lluvia. ¿A que no envenenan ustedes las flechas?

B.-T.-W. No..., no se nos ocurrió nunca...

D. POL. ¿No digo? ¡Vamos! ¡En marcha! ¡Qué salvajes más tontos! ¡Que tenga que venir uno de Vallecas a enseñarles a ser salvajes!

TELÓN

□ □

### CUADRO TERCERO

Una plaza del principal poblado de la isla Polipastita. En el centro de la escena, una gran estatua que representa un terrible idolo. Chuzas, palmeras, grupos de indígenas. En escena, el rey y su ministro.

BANA-TABA-WO. ¿Lo has visto? ¿Qué hace ahora?

CHU-BAN-GAO. Les está enseñando a los salvajes a tatuarse la piel.

B.-T.-W. ¿Qué cochinería!

C.-B.-G. Pues él dice que todos los salvajes deben llevar tatuada la piel...

B.-T.-W. Bueno, pero de lo de...

C.-B.-G. De eso no hay quien le apee. Dice que hay que comérsele, y que lo tenemos que asar.

B.-T.-W. Pues esto hay que arreglarlo de algún modo. Tú ya sabes que yo no me puedo comer a ese viejo, con lo malo que estoy del estómago...

C.-B.-G. Lo peor es que está convenciendo a esos bárbaros de soldados de la mejor manera que hay para asar a un prisionero. ¡Y que habla de un modo, que se le hace a uno la boca agua!

B.-T.-W. ¿También a ti? ¡Eres un salvaje!

C.-B.-G. ¿Y yo qué le voy a hacer, si se me hace la boca agua?

B.-T.-W. ¡Pues trágate un papel secante! Sobre todo, es necesario que le hables. Puesto que él insiste en que lo guisemos como prisionero, proponle que se fugue, y así...

C.-B.-G. No es mala idea.

B.-T.-W. Tú procura convencerle..., ¿eh?

C.-B.-G. Conforme. Le voy a llamar. ¡Eh, señor de las barbas! ¡Venga usted, que le voy a dar un recadito!

B.-T.-W. Yo me marchó a mi choza-palacio. Ya me dirás lo que hayas conseguido. (*Se va el rey, y entra don Polipasto.*)

DON POLIPASTO. ¿Qué tripa se le ha roto a usted, señor?

C.-B.-G. (*Con voz cavernosa.*) Le tengo a usted que decir algo muy importante.

D. POL. Pues usted me dirá, amigo primer ministro. Hombre, por cierto, antes de pasar a otra cosa, ¿por qué no se pone usted un anillo colgando de la nariz?

C.-B.-G. ¿Yo? ¿Para qué?

D. POL. Sí, usted. Entre los salvajes suele ser un signo de distinción social.

C.-B.-G. ¡Ah! Bueno, pero lo que yo tengo que decirle...

D. POL. ¡Venga, venga! (*Aparte.*) ¡Alguna idiotez!

C.-B.-G. (*Aparte.*) ¿Cómo le propongo yo ahora a éste?... (*Alto.*) ¿Cuánto dinero trae usted en el bolsillo?

D. POL. Muy poco, hijo. Los sabios tenemos muy poco dinero. Voy a ver. Una, dos, tres... veinte... ¡Seis duros y dos pesetas y treinta céntimos. ¡Ya ve usted!

C.-B.-G. ¿Y qué más?

D. POL. ¡Nada más, caballero! ¡A ver si es que se cree usted que yo le voy a sisar una pesetilla!

C.-B.-G. No digo eso; digo si trae usted objetos de valor...

D. POL. ¡Bueno!, pero ¿es que me va usted a poner contribución?

C.-B.-G. No, señor. Lo que yo quiero es que me dé usted el dinero que tenga, menos lo que le haga falta para el viaje, y que yo le pongo a usted en libertad... para que se pueda fugar.

D. POL. ¿Usted?

C.-B.-G. Yo; sí, señor. ¿No ve usted que soy el primer ministro? Le proporciono un traje de salvaje y le doy un bote para que se escape.

D. POL. ¡A mí no me la pega usted!

C.-B.-G. Le digo que estoy hablando en serio. ¡Yo nunca he pegado un bote; digo, nunca he prestado un bote!

D. POL. Pues muy bien y muy mal.

C.-B.-G. No entiendo.

D. POL. Digo que muy bien que no lo haya hecho usted nunca, y muy mal que lo haga ahora. ¡Eso es una traición! Cuando se tiene un prisionero no se le ofrece la fuga. ¡Eso está muy mal hecho!

C.-B.-G. (*Aparte.*) Me parece que he dado en hueso. (*Alto.*) Entonces, ¿no quiere usted?

(Continuará en el número próximo.)



# EL BARON DE LA CASTAÑA

## NUEVAS AVENTURAS

### LA CAPTURA

No era chica la sorpresa que me esperaba a mi regreso entre los míos después de haber inspeccionado las líneas enemigas.

Por de pronto, me encontré con que mi esposa, la dulce Adelaida, se había ido hacia el sur cazando mariposas, por cierto de una manera curiosa. En cuanto veía una, la perseguía gritando:

—¡Qué hermosa! ¡Y qué joven! ¡Pero qué joven es esta mariposa! ¡Qué joven! ¡Qué joven! ¡Qué joven!...

La mariposa, al principio, sonreía agradecida; pero tanto insistía Adelaida con lo de la juventud que, al fin, se posaba en el suelo y comenzaba a arrastrarse, convencida de que aún era gusano.

Entonces, mi esposa la cogía.

Pues bien: el grupo de espectadores del sur, que había venido a presenciar la guerra que sólo hacía en su defensa, escamados por mi tardanza en volver, comenzaron a sospechar que yo me había pasado al enemigo, y a mi llegada me recibieron con una pita horrenda.

—¡Señores, que he ido a enterarme de su atrincheramiento! ¡Que he estado haciendo el espía y jugándome la chistera por vosotros.

—Eso es muy fácil de decir —me contestaban—. Pero has estado demasiado tiempo con los del norte; aquí hay combina, y nosotros hemos venido a ver la guerra y no a otra cosa. Además, vas vestido de espía.

Eso era cierto; aún no me había quitado el disfraz de espía que me había puesto para mi excursión.

Reflexioné un momento para encontrar la manera de convencer a esa banda de idiotas que yo continuaba siendo el mismo; y ante su estupidez patente pensé que sólo con un medio estúpido podría convencerles.

Les hice venir junto a mí y, poniéndoles junto al enemigo, les hice las siguientes preguntas:

—Veamos: ¿Con quién estoy? ¿Con vosotros o con los del norte?

Pensaron un momento, y luego, al verme entre ellos, contestaron:

—¡Con nosotros! ¡No cabe duda!

Y acto seguido me aclamaron.

Me dispuse, pues, a seguir la guerra, valiéndome de la astucia, ya que era solo frente al enorme ejército del norte.

Ni que decir tiene que, entre los espejos de luna y los gramófonos diseminados por las colinas, seguía dando la impresión al enemigo de ser varios miles de hombres los del sur.

Antes que nada necesitaba el regreso de Adelaida, mi compañera imprescindible para todas mis hazañas; y, dado el deporte al que se dedicaba por el momento, imaginé un medio para hacerla volver.

Entre los espectadores había muchas señoras, a las cuales llamé aparte. Una vez reunidas, las obsequié con unos preciosos sombreros que fabriqué con hojas de árbol, y las rogué regresasen a sus asientos. Sus compañe-

ros, al verlas así ataviadas, comenzaron a elogiarlas, a piropearlas, a echarles flores, que si eran bonitas, que si eran graciosas; aquello era una lluvia de flores, y... lo que yo esperaba sucedió: en busca de esas flores acudieron todas las mariposas del país, y detrás de ella la dulce Adelaida, que seguía gritando:

—¡Pero qué joven! ¡Qué joven! ¡Qué joven!

En un periquete le conté a mi esposa la excursión y cómo estaba preparado el enemigo.

—Mira, lo más importante, por el momento, sería atrapar al Estado Mayor, hacerlo prisionero.

Adelaida meditó y luego me dio una idea suya.

—No se me ocurre nada más que dar parte a la policía denunciándolos como estafadores; entonces irán los guardias, prenderán a los generales del Estado Mayor y te los traerán.

Quedé un minuto en silencio; por mucho que me imaginase, nunca creí que la idiotez de mi «costilla» llegase a tal extremo. La miré de arriba abajo, y ella, creyendo que la admiraba, se arregló los tufos y me sonrió.

Luego dió doce saltos mortales llenos de feminidad y dulzura.

—¿Te parece bien mi idea, Baroncillo? —me preguntó.

—No; pensaré otra, ¡pillina! —contesté.

Adelaida, dispuesta a descansar, comenzó a hacer su *toilette* nocturna. Se quitó un gabán que llevaba, unas peinetas y la redecilla con la que se sujetaba el pelo.

Ante ella palidecí: Había dado con el medio de coger al Estado Mayor.

Por de pronto, recordaré que la cabecita de la dulce Adelaida era de un tamaño desmesurado, y como además estaba siempre entregada a ejercicios violentos, resultaba que la redecilla era de tamaño y fortaleza tal, que con ella se hubieran podido pescar atunes.

—Con esa red los atrapo —me dije—; pero ¿cómo hacerlos llegar hasta ella?

En un día lo dispuse todo: extendí la red sobre un agujero, y delante de ella coloqué una puerta, en la que se leía:

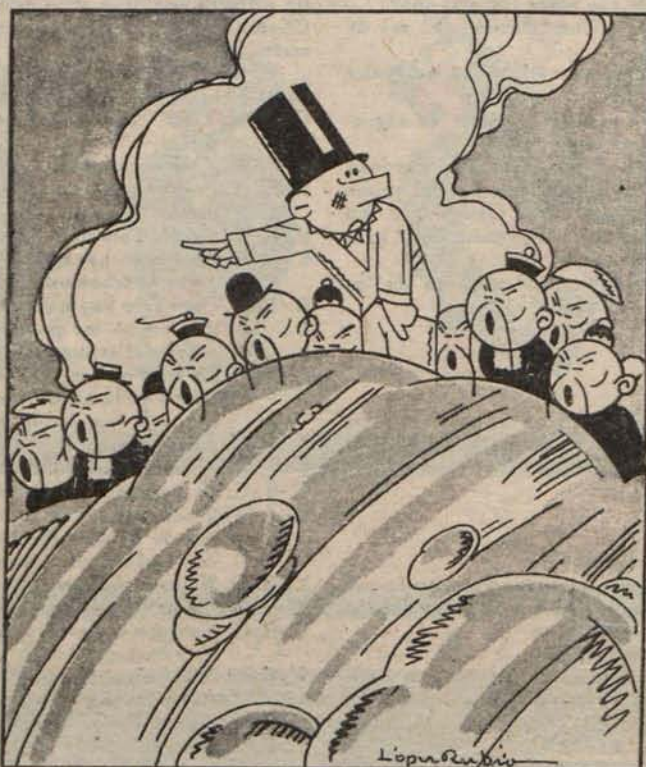
ENTRADA  
GENERAL

No tuve que esperar mucho. Cuando los generales del norte leyeron este letrero, dijeron:

—¡Aquél es nuestro sitio! Es, sin duda, el local que corresponde a nuestro grado. Entrada general. ¡Nosotros somos generales; pues vamos allí!

Y uno por uno fueron pasando la puerta y cayendo en la red que les habían tendido mi ingenio y mis manos.

EL BARÓN DE LA CASTAÑA.





¡ARREA,  
POTIPÁN, MIRA  
CUÁNTAS HERRA-  
DURAS! DICEN QUE  
SITE ENCUENTRAS  
UNA HERRADURA Y LA  
TIRAS POR ENCIMA DEL  
HOMBRO IZQUIERDO  
TE TRAE LA BUENA SUER-  
TE!

¡AH! ¿SÍ?  
¡PUES AHÍ  
VA UNA!

# POTIPÁN Y CAÑAMÓN

SI, HOMBRE, SI, ES-  
TAMOS MUY LEJOS  
DE CASA, Y COMO SE  
NOS HA HECHO TAR-  
DE LE HE DICHO A  
CAÑAMÓN: VAMOS  
A PASAR LA NO-  
CHE A CASA DEL  
AMIGO CIRILO.

PUES HABIESTE-  
MIDO LA SUERTE DE  
QUE MI MUJER HA  
YA SALIDO DE COM-  
PRAS. ¡YA SABES  
QUE NO TE PUEDE  
VER NI EN PIN-  
TURA!

SI OS ENCON-  
TRASE AQUÍ SE  
PONDRIA FURIO-  
SA. ¿POR QUÉ NO  
OS VAIS AL BILLAR  
DE AHÍ ENFRE-  
NTE Y DORMÍS ENCI-  
MA DE UNA  
MESA?

¡CÁ, HOM-  
BRE, CÁ! ¡NOS  
COSTARIA  
A PESETA  
LA HORA!

¿QUÉ HAS  
ESTADO HA-  
CIENDO, CIRILO?  
¡TIENES CARA  
DE HABER HE-  
CHO ALGO  
MALO!

¡NO NADA  
SABES, ES QUE  
... ES QUE... ESE  
GATO NEGRO, QUE  
SE HA METIDO EN CA-  
SA CUANDO TU EN-  
TRASTE PUEDE TRAER-  
NOS MALA SUERTE! ¡AN-  
DA, VÁMONOS A DOR-  
MIR!

¡DEJAME EN PAZ CON TUS  
SUPERSTICIONES! ¡ACUER-  
DATE DE QUE EL DÍA QUE  
NOS CASAMOS TE PUSIS-  
TE TERRIBLE PORQUE PA-  
SAMOS POR DEBA-  
JO DE UN ANDAMIO,  
Y DIJISTE QUE IBA-  
MOS A TENER  
MUY MALA  
SUERTE!

¿SÍ?

¡PERO, EN FIN, YA  
QUE TE DESAGRA-  
DA, VOY A ECHAR  
A ESE GATO!

¡SOCORRO!

¡AY!

¡ME HAN  
PISADO EN  
LA NARIZ!

¿EH?

¿QUE ME  
APLASTAN!

¡SOCORRO!  
¡GUARDIAS!  
¡GUARDIAS!

¿QUÉ SE  
TE HA PER-  
DIDO A ESTAS  
HORAS DE LA  
NOCHE, PE-  
QUEÑO?

¡YO NO HE  
PERDIDO  
NADA! ¡MI  
HERMANO  
POTIPÁN  
ES EL QUE  
SE HA PER-  
DIDO!

¡OIGA, SE-  
ÑOR COMI-  
SARIO, ¿PUE-  
DE USTED  
PRESTAR-  
ME UNA DO-  
CENA DE PA-  
REJAS DE  
GUARDIAS?

¿ES QUE PIENSAS DETE-  
NER A UNA CUADRILLA  
DE BANDIDOS, PEQUE-  
ÑO?

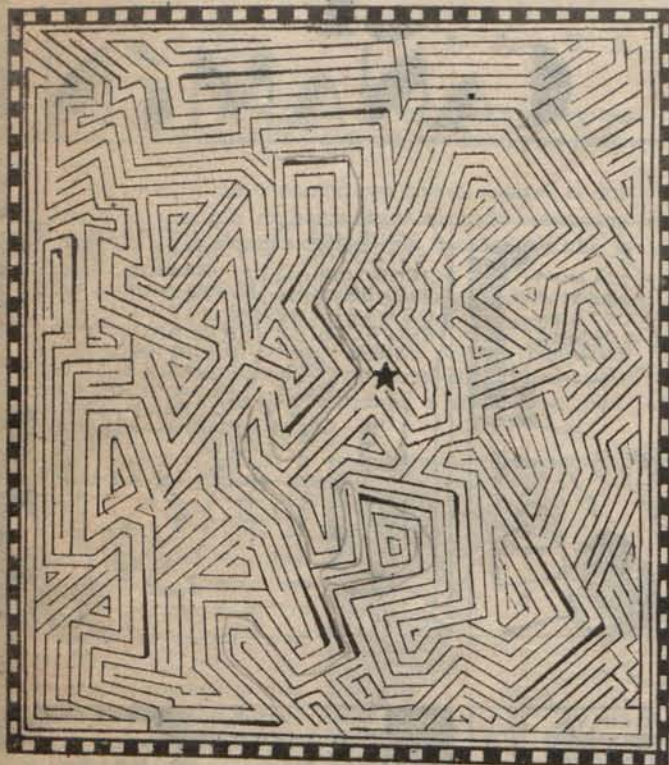
¡CÁ, NO, SEÑOR!  
¡ES PARA SA-  
CAR A DON CIRI-  
LO DE LAS GARRAS  
DE SU MUJER!  
¡LE DEBE DE  
ESTAR DANDO  
UNA PALIZA  
A ESTAS HORAS!



# CONCURSOS PERMANENTES

## EL DE PROBLEMAS

### UN LABERINTO DIFÍCIL

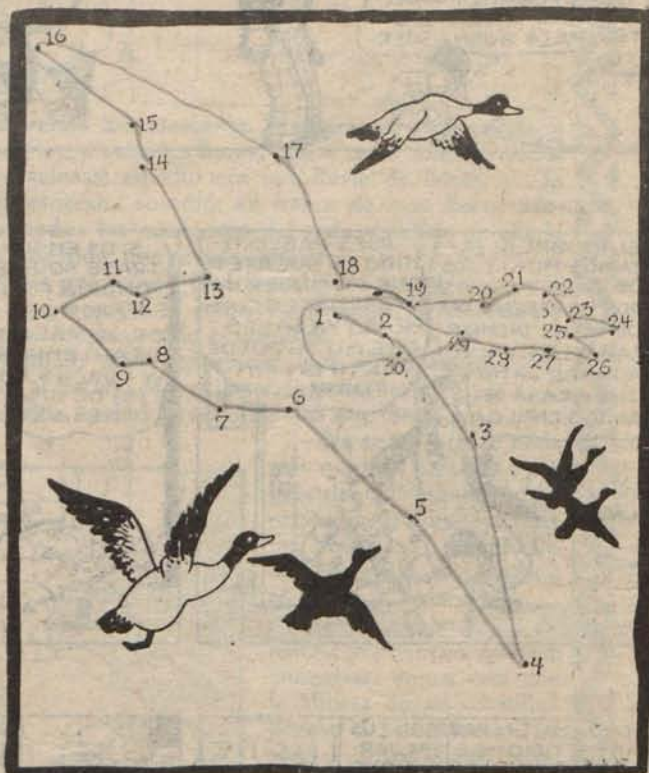


He aquí un laberinto que os va a distraer largamente, pues no es fácil su solución.

Se trata en él de encontrar la calle que os conduzca a la estrella, pero sin atravesar ninguna línea.

(FUERA DE CONCURSO)

### SEGUIR LOS PUNTOS

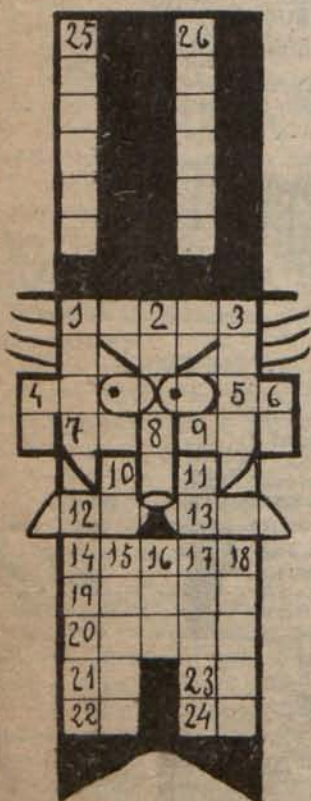


He aquí, queridos lectores, un dibujo en el que hay volando seis aves. Digo seis, aunque no veis más que cinco, porque la sexta está en todo ese revoltijo de puntos.

Para hallarla partid, lapicero en mano, del número 1, y trazad una raya de éste al número 2. Del 2 al 3; de éste al 4, y así sucesivamente hasta llegar al 30, y entonces encontraréis la sexta ave de que os hablaba.

(FUERA DE CONCURSO)

### PALABRAS CRUZADAS DE DON POLIPASTO PIJAMA



#### INDICACIONES

##### HORIZONTALES

1. Donde se estudia.—4. En la baraja.  
5. Adverbio de afirmación.—7. Interjección de dolor.—9. Acción de ir.—12. Primera persona del singular del presente de indicativo.—13. Especie de flecha de los antiguos turcos.—14. Adormecimiento o inclinación al sueño.—19. Apacigua.—50. Piedra calcárea del Vesuvio.—21. Contracción del artículo *el*.—32. Como dicen los andaluces para parar una caballería.—23. Las dos vocales primeras.—24. Dios egipcio, que es el Sol.

##### VERTICALES

4. Nota musical invertida.—1. Piedra aplanchada que sirve para el pavimento.  
2. Lo que hacen las ovejas.—3. Villa de la provincia de Albacete.—6. Montaña de China, célebre por las piedras preciosas que contiene.—8. Nota musical.  
10. Artículo neutro.—11. Nota musical.  
14. Astuto.—15. Cierta piedra regularmente dura y color blanco.—16. Alimento que se hace con trigo.—17. Des-

### EL PERRITO

#### INDICACIONES

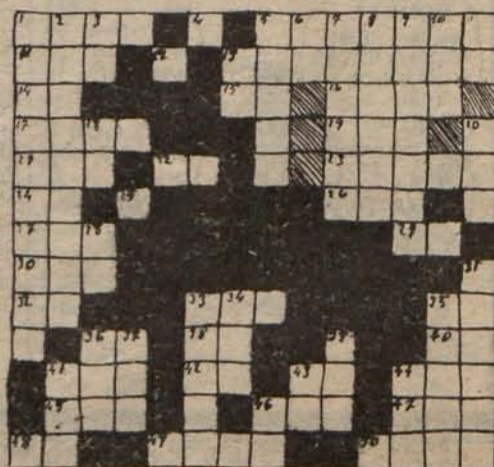
##### HORIZONTALES

1. Dios mitológico.—4. Vocal.—5. Nombre de mujer.—11. Pájaro.—12. Vocal.—13. Lo que quiero ser.—14. Nota musical.—15. Tiempo de verbo.—16. En el Ebro hay mucha.—17. Composición musical.—19. Le falta una o para ser inútil.—21. Tiempo de verbo.—22. Adverbio.—23. Lo primero que se aprende en la escuela.—24. Nota musical.—25. Nada.—26. Consonantes.—27. Poesías.—29. En la baraja.—30. Nombre de mujer.—32. Consonantes.—33. Nombre de mujer.—35. Contracción.—36. Pronombre.  
38. En el dominó.—40. Artículo.—41. Pecado.—42. Letra del alfabeto griego.—43. Letra.—44. Letra (plural).—45. Astro.—46. Cabo.—47. En el aeroplano.—48. Artículo.  
49. Entra en quintas.—50. Diosa mitológica.

##### VERTICALES

1. Muy popular entre los pinochistas.—2. No están buenos.—3. Letra.—5. Es muy conveniente tenerlo.—6. Pronombre.—7. Verbo.—8. Propio del autor.—9. Nombre de mujer.—10. Lo contrario de vuelta.—13. Letra griega.—18. Marchad.—20. Medio día.  
28. Diptongo.—31. Comentarios.—33. Grasa.—34. Lo que hacemos de muchas cosas.—35. Flor.—36. Metal precioso.—37. Para la ensalada.—39. ¿Qué hago con PINOCHO?—41. Canto de Canarias.—43. Negación.—44. Para alumbrarse.—46. Negación.

MIGUEL ALFONSO LÓPEZ.—Doce años Madrid.



canzar del trabajo, holgar.—18. Raza, casta, linaje.—25. Muñeco muy simpático.—26. Instrumento compuesto de dos cuchillas y que sirve para cortar.

140. P. Sección B.

CARLOS FRÍAS.—El Bonillo (Albacete).

141. P. Sección B.



# CONCURSOS PERMANENTES

DIBUJOS :: HISTORIETAS :: CHISTES ILUSTRADOS :: CHISTES SIN ILUSTRAR :: CUENTOS ILUSTRADOS O SIN ILUSTRAR



Pinocho y Pirula en su casa de campo.  
CONCHITA ORIA.  
Larache.

689. D. Sección B.



Apunte en el circo.  
MARGARITA FUENTES.  
Trece años, Sevilla.

690. D. Sección B.



Mis amigos.  
JUANITA ESCUDERO.  
Diez años.

691. D. Sección B.

## Cuento.

Había una vez en cierto pueblo un matrimonio que tenía un chico de corta edad, y que iba a la escuela, como muy bueno que era. A fin de curso, y en los exámenes sufridos por él, sacó nota y premio de veinticinco pesetas, cosa que les gustó mucho a sus padres. En aquel tiempo, el Excelentísimo Ayuntamiento había abierto una suscripción para hacer cosas útiles y atraer a los forasteros, haciendo al pueblo grande y rico. Todos los vecinos hicieron lo que pudieron; pero no llegaba el dinero al presupuesto hecho por el Excelentísimo Ayuntamiento, pues todavía faltaba cierta cantidad de pesetas.

Todo esto llegó a oídos del matrimonio, y, viendo que hacían un bien para el pueblo, entonces, el matrimonio se apresuró a entregar las veinticinco pesetas de premio. Entonces, el Excelentísimo Ayuntamiento, y reuniéndose en sesión, acordó el plan. A los dos años, próximamente, ya estaba hecho todo.

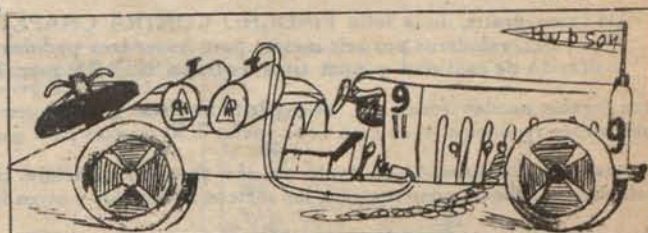
En aquel verano, se llenó de forasteros, siendo un pueblo grande, rico y próspero, mientras que antes era pobre.

Gracias al noble corazón del chico, que se lo supo ganar.

GABINO CALVO.

84. C. Sección B.

Once años, San Sebastián (Guipúzcoa).



Automóvil «Hudson».  
A. - ALSINA  
Nueve años, República Argentina.

692. D. Sección B.



Acorazado inglés.  
T. MUÑOZ.  
Doce años, Málaga.

693. D. Sección B.



Mi amigo Pinocho.  
ASUNCIÓN SIERRA.  
Siete años, Madrid.

694. D. Sección A.

## Conchita la malvada y arrepentida.

### CUENTO

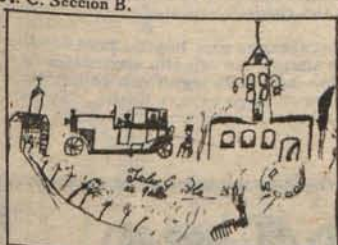
Conchita era una niña de muy malos sentimientos. Un día al salir del colegio, se acercó una pobre anciana llevando en sus brazos a un niño, y le dijo: «Por Dios, dame un centimito para este niño».

Conchita, con muy malos modos, le contestó: «Antes de dárselo a una holgazana como usted, lo tiro al arroyo».

No había acabado de decir esto, cuando vio a una amiguita suya que llevaba veinte céntimos y se los dio a la pobre. La viejecita le dio las gracias repetidas veces, y la niña se marchó muy satisfecha de su buena obra.

En cambio Conchita no podía irse, porque, ya arrepentida, decía: «Quiero jugar y no puedo, siento una cosa dentro de mi alma que no me permite correr ni andar». Era la conciencia.

Después de varios días, Conchita salió a por una golosina; pero vio a la pobre del otro día, y acercándose a ella la dio su dinero. La heroína del cuento vivió muy feliz en el resto de su vida, con su familia, socorriendo a los pobres y necesitados.



Excursión veranega.  
ULIO G. POLA.  
Nueve años.

695. D. Sección A.



Aeroplanos en Costa Rica.  
VERNEY.  
H. C. San José.

697. D. Sección B.



El molino del Pepón.  
MANOLO PÉREZ.  
Siete años, Almería.

699. D. Sección A.



Embarque de uvas.  
M. P.

700. D. Sección A.

85. C. Sección B.



Orquesta Pinocho.  
PAQUITO AZORÍN.  
Once años, Córdoba.

701. D. Sección B.



Apunte.  
LUIS VEGA.  
13 años.

702. D. Sección B.

CONSUELO ALONSO.  
12 años, Madrid.

## Rubén y yo.

Pirula está muy triste. ¿Por qué está así Pirula? Los suspiros se escapan de su boca de gula, que ha perdido su alegre risa de cascabel.

Pirula está muy triste y está baja su frente, está en calma el teclado de su «Yost» elocuente y en su mesa, olvidado, se reseca un pincel.

¿Piensa acaso en el príncipe de La bella durmiente, o en los mágicos gnomos de los bosques de Oriente, que ocultan en sus grutas joyas de gran valor?

¿O en Pinocho, que parte a una nueva aventura? ¿Será acaso la víctima de su rara bravura, o volverá triunfante, altivo y vencedor?

«¡Calla, calla, Pirula!», dice su hada madrina, que, vencedor e inmune, hacia aquí se encamina el rey de los muñecos: Pinocho el inmortal.

Que en el reino fantástico de la imaginación alimentará siempre la infantil ilusión, y seguirá invencible su camino triunfal.

EDUARDO PRIETO.  
Doce años, Gijón.

86. C. Sección B.



La bolsa o la vida.  
ALFONSO TUDELA.  
Madrid.

703. D. Sección B.

Los Pinochistas cuyos trabajos se publiquen en esta sección tendrán derecho a pedírnoslos diez ejemplares del número en que su trabajo aparezca al precio especial de 30 céntimos.

Para encuadernar los números de PINOCHO estamos preparando preciosas tapas para que los Pinochistas puedan conservar encuadernada la colección de PINOCHO. Pronto daremos más detalles.

Ayuntamiento de Madrid



# Regalos a los suscritores.

Todo Pinochista que se suscriba tiene derecho a pedir, al hacer su suscripción (tiene que ser en ese momento), los regalos siguientes:

## Si la suscripción es por un año

- 1.º Dos tomos **gratis** de la magnífica serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.
- 2.º Un lote de **cincuenta números** para el sorteo de cinco mil pesetas.
- 3.º Un Cupón-regalo. Reuniendo tres o más de estos cupones especiales se pueden obtener preciosos regalos.
- 4.º Tres vales, valederos por un año, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y **con una rebaja del 30 por 100.**

## Si la suscripción es por un semestre

- 1.º Un tomo, gratis, de la serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.
- 2.º Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y **con una rebaja del 25 por 100.**

Estos regalos pueden recogerse, **completamente gratis**, en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid. Quien desee recibirlos en su casa debe enviar 1,50 pesetas para gastos de embalaje, envío y franqueo certificado.

Además, todos los suscritores, tanto de año como de semestre, tienen otras muchas ventajas constantes, tales como facilidades para la colaboración infantil, números para los sorteos de regalos y otros interesantes privilegios.

## CORRESPONDENCIA

**Garçon Luconnu. (Sevilla).**—No recuerdo la carta a que haces referencia en tu última, querido Garçon. De todas formas, estoy dispuesto a reparar el daño —no efectuado por mi parte— de aquel cuento. Tu dibujo, el que hoy me remites, saldrá en PINOCHO, con gran alegría por parte de Colorín y su Pandilla.

**Antonio Fuentes. (Valladolid).**—¡Tinta negra!

**Pedro García Lombardo. (Madrid).**—Querido Pinochista: Tu cuento saldrá, aparecerá, triunfará. ¿Puedo decir más?

Recuerdos de Potipan, Cañamón, Pololín y demás compañeros.

**Santiago Cabezas. (Barcelona).**—Deseaba escribirte desde que recibí tu carta el día 29; pero no he podido, así, no he podido. ¡Si vieras las cosas que tengo que hacer diariamente, ineludiblemente! No recuerdo de tu dibujo; pero lo más seguro es que me remitas otros nuevos, seguro de que se publicarán inmediatamente —todo lo más pronto que sea posible—, siempre que lleguen con su correspondiente cupón.

**José María Casado. (Valladolid).**—He recibido tus magníficos dibujos, que no podré publicar. Razones: Vienen a lápiz —no las razones, los dibujos—. Y es la principal condición para que unos trabajos de esa índole se publiquen, que vengan a tinta negra. ¿Procurarás en las demás ocasiones no olvidar este precepto?

**Fernández o Hernández. (Chacabuco).**—Querido Pinochista: No atino a descifrar cuáles sean tu nombre y tus apellidos. ¡Firmas de una forma tan ban-caria, tan enrevesada! ¡Rubricas, además, con un ovillo de líneas tan com-plejo! Cuando me escribas nuevamente procura otra firma, mi querido amigo.

En cuanto a tus chistes, son verdaderamente graciosos. Pero... no podrán salir, como tú deseas, dentro de una semana. Conforme les llegue su turno, aparecerán. Tú, sin embargo, sígueme mandando chistes —siempre con sus correspondientes cupones—, que yo sabré publicarlos a la mayor brevedad posible.

Grande ha sido mi satisfacción al recibir tu carta. Y mucha más grande satisfacción experimentaré si veo que continúas remitiéndome chistes, dibujos, historietas, lo que quieras.

Tres abrazos apretadísimos, de madera, de tu amigo de ídem.

**Antonio López García. (Barcelona).**—He recibido tu admirable carta y me alegro considerablemente los elogios que dedicas a mi semanario, a raíz de su última y acertada reforma. También, con tu carta, me han llegado tus dibujos, los cuales serán publicados en PINOCHO conforme la ocasión lo permita.

**Julita y José Luis Albéniz. (Bilbao).**—Agradezco, primeramente, vuestra felicitación; después, vuestros dibujos. Aquella me colma de satisfacción: éstos, de alegría. «Como somos lectores tuyos de siempre, te pedimos que los publiques», me rogáis en la vuestra. ¡Y cómo no, mis queridos amigos! No puedo dejar sin publicación vuestros trabajos, los mejores, a no dudar, que han en-trado en PINOCHO desde que comenzó este delicioso 1926. No quedarán sin publicación, ya lo sabéis.

Abrazos de Pirula. Recuerdos de Don Turulato y Currinche.

**Pedro Muñoz Pérez. (Albacete).**—Me complacen mucho los trabajos que me has remitido. Admitidos. No puedo decirte más.

**José María Sáenz Trillo. (Santander).**—Mi querido Pinochista: He recibido tus magníficos cuentos. ¡Admirables, José María! ¡Estupendos! Pero... son muy largos, larguquitos, interminables, inacabables, desmesurados. ¿Por qué, dime, no tuvistes en cuenta las dimensiones fijadas a la colaboración literaria? ¡Qué lástima! No podré publicar tus cuentos, aun siendo éstos tan buenos, por su excesiva longitud.

**Angelita Adrián. (Madrid).**—Tu rompecabeza es muy bonito, pero no pasa. No pasa como tal rompecabeza. Es tan simple, tan sencillo, que apenas si le costaría trabajo a los niños el resolverlo —sólo el de seguir con un lápiz la línea de puntos—. Sin embargo, como tu pasatiempo es muy bonito, y no como pasatiempo, ya lo he dicho, sino como dibujo, lo daré como tal, seguro de su éxito.

<b>PINOCHO</b>	
CUPÓN DE CONCURSOS	
DEL NUM. 49	El Pinochista D. ....
de ..... años, y cuyas señas son .....	
remite un trabajo para el Concurso de ..... (1).	
Fecha ..... (Si es suscriptor, poner el número .....)	
(1) Indicar el que sea. Leed bien las condiciones; si falta alguna, no vale el envío. Poned en el sobre: EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Concursos PINOCHO. Apartado 447. — Madrid.	

## EL SORTEO DE LOS "AUTOS" CITROEN Y EL SORTEO DE NAVIDAD-REYES

Algunos Pinochistas me preguntan por el **Sorteo de regalos de los Autos Citroen**. Como no sea que mi eterno enemigo Chapete les haya hecho víctimas de alguna jugarreta, no me lo explico; porque en el núm. 39 con letras bien gordas se publicó el resultado del sorteo y los números premiados. Como la inmensa mayoría de los Pinochistas han visto dicho resultado (y buena prueba es que casi todos los premios los han retirado ya) no quiero ocupar espacio repitiendo aquí la lista de los números premiados. Si algún suscriptor no hubiera recibido el núm. 39 —**no sería por mi culpa, pues yo, aunque muy alegre, soy muy serio, y envío sin falta todos los números a todos los suscritores**—,

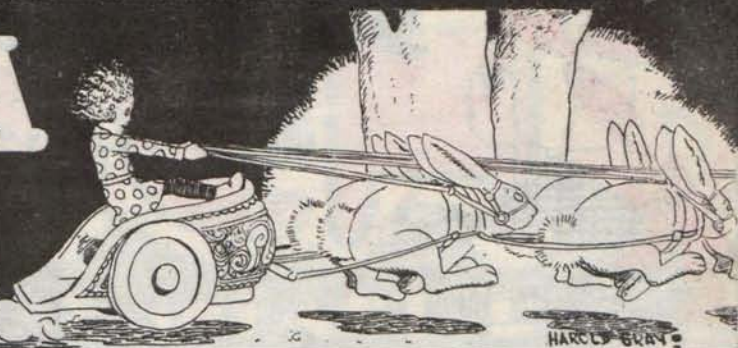
digo que si algún suscriptor no hubiera recibido el número 39 que me lo pida y se lo enviaré.

Entre Pirula, Don Turulato, Currinche, Paco Morronguis, Colorín y su Pandilla, Potipan, Cañamón, Anita, Pelucho, Pololín, y todos los demás camaradas que tanto os divierten, estamos ordenando los miles de cartas que hemos recibido con cupones, para remitir a cada Pinochista los números para el **Gran Sorteo de Navidad-Reyes**. En cuanto terminemos se hará con la acostumbrada formalidad y rigor dicho sorteo, y en el primer número que quepa daremos la lista de números premiados.

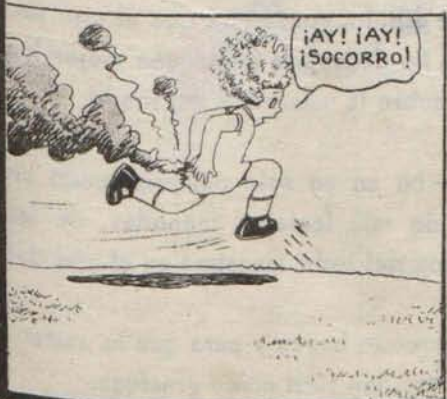
Estoy preparando otra novedad sensacional que os gustará mucho. Os abraza a todos, **PINOCHO**.



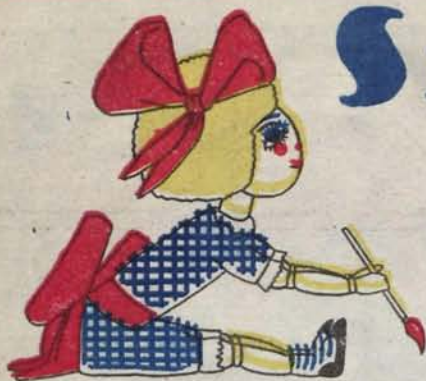
# ANITA BUEN- CORAZON



HAROLD GALT







# SECCIÓN PIRULA

## PIRULA, BORDADORA

*El punto Richelieu.*—Hoy, lectoritas queridas, voy a hacer un pinito.

Me voy a dirigir a mis amigas mayores, a las que son ya personas formales y poseen una gran experiencia y sabiduría en el arte del bordado; en una palabra: a las de diez años para arriba.

Les voy a hacer la presentación del punto Richelieu. ¡Ah!, si se tratase de Richelieu a secas, otra cosa sería. Para nada necesitaríais mi presentación, pues que todas sois sumamente cultas y sabéis que el tal Richelieu fué un célebre cardenal y político francés que vivió en el siglo XVII y fué el primer ministro del rey Luis XIII.

Pero no se trata de tan eminente hombre de Estado, sino del punto que lleva su nombre, y al que quizás no conocéis todavía muy bien.

Este punto es precioso, muy divertido de hacer, si bien algo más difícil, por supuesto, que los de cordón, cadeneta o cruz que ya nos son tan familiares; pero merece la pena de tomarse algún trabajo, porque se presta a hacer labores lindísimas y de una gran diversidad.

Del punto en sí —un festón recto y unas presillas que se echan a modo de puente de uno a otro contorno festoneado— os da una idea el adjunto grabado.

Terminada la labor, se recorta la tela alrededor de los festones, o sea debajo de las presillas, de suerte

que las figuras quedan al aire si se trata de visillos o de stores, o sobre un viso de seda de color en los almohadones, pantallas, mantelillos, sobres para la servilleta o el camisón, etc., etc.



El grabado que figura en esta página es doblemente interesante por el hecho de que el interior de la copa de frutas va enteramente bordado al pasado y en colores, en matices de una gran delicadeza: amarillo, azul, rojo y verde.

Las presillas, el Richelieu que orla la copa y el del contorno del redondel, se bordan con algodón blanco. Debe advertirse que el festón interior —en este caso el de la copa— se borda hacia afuera, y el festón exterior —aquí el del contorno del redondel— se borda hacia adentro.

En este dibujo, convendrá que el viso sea negro, a fin de que se destaquen mejor los colores sobre la oscuridad del fondo.

*Babero.* — Ni en un solo número puedo yo olvidarme de mis lectoras menudas, de las que aún no son del todo maestras en el arte del bordado.

Para ellas, para que lo hagan y para que lo gasten, he ideado este babero, tan fácil como gracioso.

□ □ □

